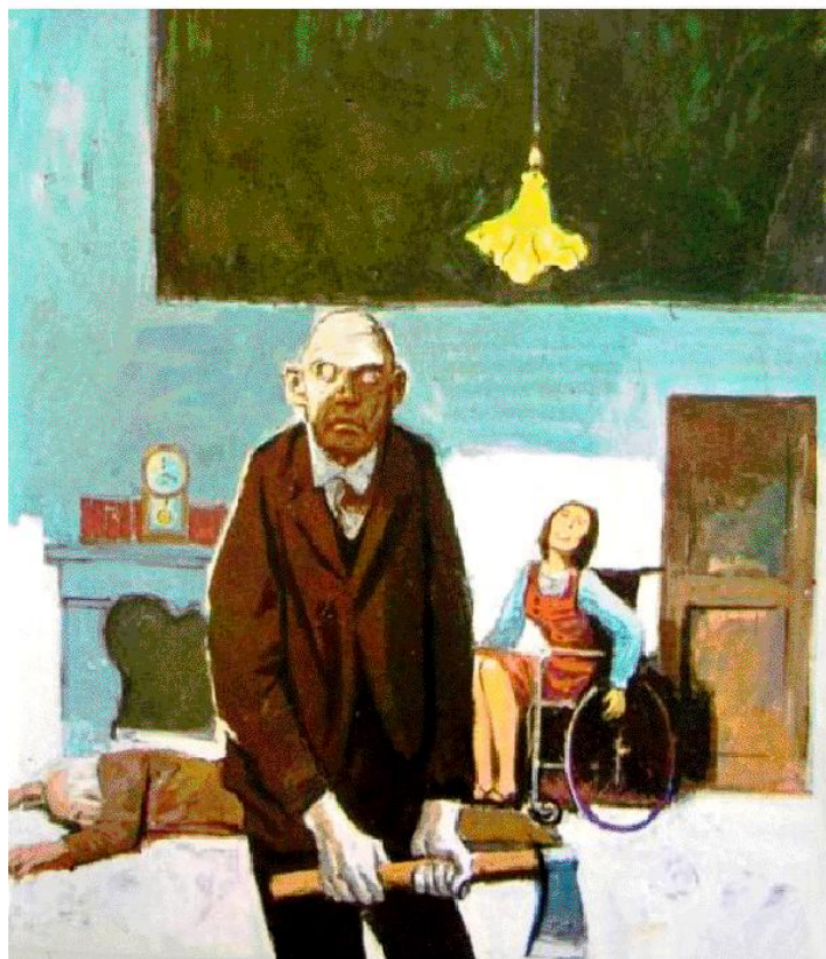




el fuego quemó su cerebro

ada corelli



COLECCION

PUNTO ROJO



ADA CORETTI

EL FUEGO QUEMÓ SU CEREBRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 653
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.017 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1974

© ADA CORETTI, 1974
texto

© DESILO, 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

645. — El asesino de muchachas negras.

CAPÍTULO PRIMERO

Antes de darle la marcha al coche, Montgomery Finters echó una mirada a su casa. Y fue una mirada que en aquellos momentos hubiera querido tener el poder de destruir... ¡Malditas mujeres aquéllas!

La casa era de planta baja y un piso, con un interior aparentemente grato y acogedor. Pero a él, allí dentro, el aire se le hacía sencillamente irrespirable. Se ahogaba, se asfixiaba. No podía resistirlo.

El día menos pensado lo echaría todo a rodar...

Pero ¿cómo hacerlo? ¿De qué forma? No, no había solución para su problema.

Sabía que Magnolia y Jennie le odiaban hasta la desesperación.

Hasta desearle el peor de los padecimientos, el más horrible de los tormentos, la más eterna de las agonías y la más escalofriante de las muertes.

Pero ambas dependían de él, de su sueldo como doctor del sanatorio psiquiátrico de Santa Margot, y permanecían quietas, agazapadas, como fieras al acecho, a la expectativa de la primera oportunidad que pudiera ponérseles por delante.

Magnolia fue una esposa bastante aceptable durante los primeros años de matrimonio, pero luego desapareció la mutua ilusión y todo quedó convertido en glacial indiferencia. Entonces surgió Verónica...

En cuanto a Jennie —Jennie Finters, pues se trataba de su propia hermana— se habían querido hasta que en la vida de ellos se cruzó aquel joven, alto y fuerte, aquel leñador, que nada decoroso podía ofrecer a la entonces encantadora y alegre muchacha. Por lo que él se opuso terminantemente a aquellas relaciones. Del modo más severo y rígido que estuvo en sus manos. Ni aun así resultaron convincentes sus argumentos, y entonces recurrió al dinero...

Después, Jennie tuvo aquel espantoso accidente de coche, sufriendo gravísimas heridas. Heridas que la habían dejado postrada para siempre en un patético sillón de ruedas.

Pero todo ello formaba parte del pasado. De ese pasado que Montgomery Finters quería olvidar, y no podía... No podía porque, en su propio hogar, latía el cortante e incisivo odio que inspiraba y que cada día parecía crecer, ser mayor, agigantarse, hasta adquirir proporciones descomunales.

Le dio al acelerador con un movimiento que más bien fue una sacudida. Necesitaba alejarse de allí. Lo más rápidamente posible. Ahora, hasta el aire parecía faltarle.

Si la casa, alejada un poco de las demás, resultaba agradable, no lo era menos el aspecto de aquella calle, que tenía aceras anchas y árboles frondosos. Desde luego, era una de las mejores calles de la pequeña localidad de Barttard. Donde todo, en realidad, era sencillo y grato a los ojos. Donde sus habitantes parecían tener motivos para llevar una vida tranquila y sin sobresaltos.

Sin embargo, no resultaban tan agradables los alrededores. Pues la naturaleza, en una súbita y casi insólita transformación, se hacía áspera, desabrida, hosca. A lo que daba la sensación de contribuir el perfil frío y desolado del sanatorio psiquiátrico, y sus muros altos, muy altos, que negaban la salida a la demencia que encerraban allí. Montgomery Finters, que a sus treinta años aún no cumplidos se veía impotente para zafarse de la tela de araña en que se veía envuelto, pensó en aquel momento que todo sería enteramente distinto para él si sus tíos, Donald o Gregory, fueran capaces de tenderle una mano.

Porque él, con dinero en su poder, podría dar un giro total a su vida. Dejaría una cantidad a Magnolia y a Jennie, para que pudieran subsistir decentemente, y él se marcharía de Barttard para no regresar jamás. Se marcharía con Verónica...

Sería como volver a empezar. Sería tan maravilloso que, sólo de pensarlo, se estremecía de placer.

Llevaba el coche a regular velocidad. No tenía empeño en llegar demasiado pronto a su cotidiano trabajo. Ese trabajo se le hacía pesado en aquellos instantes.

Pero «el manicomio», como le llamaban todos por los alrededores, estaba apenas a una milla y media de Barttard. Pronto

se encontró allí.

—Buenos días, doctor —le saludó la joven enfermera.

—Buenos días, Nora —respondió él.

Ya en el despacho, la alta y huesuda enfermera le puso al corriente de las novedades acaecidas. Que en realidad no eran muchas. Más o menos las de costumbre.

—Sólo que... —empezó a decir, pero se detuvo porque, por lo visto, algo le hacía titubear.

—Prosiga, Nora.

—Me refiero al nuevo paciente, Jonathan Ratott, de la sala séptima. Sigue con las mismas; quiere hablar con usted, doctor.

—Todos quieren hablar con el director-jefe del sanatorio en que se hallan reclusos, esto es de cajón... Todos quieren hacer constar que están cuerdos y que, con ellos, se está cometiendo una injusticia... Todo esto lo sabe usted de sobras, Nora. ¿Por qué, pues, le da tanta importancia a ese paciente? Dese cuenta, es uno más —y antes de que la muchacha respondiera—. Si hiciéramos caso a todo lo que piden o solicitan, seríamos nosotros los que acabaríamos locos... Le visitaré cuando lo considere oportuno. Pero ya he leído detenidamente su historial, y es un caso perdido.

—Sin embargo... —vaciló de nuevo la voz de la flaca enfermera.

—Diga lo que sea. Por lo visto, ese tal Jonathan Ratott le tiene impresionada un poco más de la cuenta, ¿no es eso?

—Sí, tiene usted razón. No puedo evitarlo. Me sucede con él, doctor, lo que jamás había experimentado con ningún otro paciente.

—Hable, le escucho... —Sentado tras su mesa de escritorio, encendió un cigarrillo.

—Tengo la impresión de que..., de que... —Pero no se decidió a acabar, sin duda, asustada de su propia suposición.

—¿De qué? —inquirió el doctor Finters.

—No está loco —lo dijo de pronto, quizá porque, de no hacerlo así, no se hubiera atrevido a hablar—. No, no lo está.

—¡Nora! —protestó. Pero había de añadir—. Acabo de decirle que en su historial se hace constar que es un caso perdido.

—Sí, ya lo sé. Aun así, cuando me mira, veo en sus ojos algo que me estremece hasta lo más hondo.

—Ese algo debe ser su demencia que, desgraciadamente, no tiene cura.

—Yo diría que no es eso... —Y ella, a su vez, añadió—: Tengo ganas de que le visite usted, doctor. No sé, quizá se pueda hacer algo por él.

—Me gustaría, Nora, Pero aquí no traen los casos sencillos. Todo lo contrario...

Y el caso de Jonathan Ratott era, ciertamente, de los peores. Tanto es así que rozaba lo aterrador, lo pavoroso, casi lo diabólico.

Sucedió no hacía mucho tiempo. Un terrible incendio se desencadenó en un almacén de alquitrán y Jonathan Ratott quedó sin poder salir, rodeado por las devoradoras llamas.

Llegaron los bomberos y consiguieron rescatarle con vida, pero su cabeza, pasto del negro y pegajoso líquido, había ardido como una pira dantesca. Desde las cejas hasta el último de sus cabellos, quedó chamuscado como un leño.

Las heridas externas pudieron finalmente ser curadas, aunque le quedaron horrendas cicatrices, pero ¿y su cerebro...? ¿Qué le había sucedido a su cerebro...? Desde el día del incendio sólo musitaba alguna que otra palabra, sin ilación ninguna.

De los exámenes efectuados, resultó que su mente, su masa encefálica, había quedado destruida, quemada, convertida en cenizas.

Lógicamente, clínicamente, en aquellas condiciones no podía vivir. Tenía que morir forzosamente.

Pero Jonathan Ratott vivió.

Desde la ventana de su despacho el doctor Finters miró hacia abajo, hacia el patio, donde los perturbados mentales estaban tomando el sol.

Hacía un buen día y no había lamentos ni llantos ni gritos. Éstos no faltaban cuando la atmósfera se hallaba cargada y amenazaba tormenta. Entonces lo más razonable era llevarles dentro, cada uno a su sala, y ellos, el personal, quedar prestos a intervenir si la ocasión lo requiriera. Y lo requiría siempre, en mayor o menor medida.

Pero ahora todos permanecían en calma. Mientras duraba su placidez, no había por qué sacarles de allí. Que siguieran tomando el sol.

No obstante, de súbito se alzó entre ellos una voz recia:

—¡Necesito hablar con usted, doctor Finters! ¡Es preciso...!

La voz no parecía haber surgido de este mundo, sino de las profundidades tenebrosas de la tierra, tal vez de los insondables abismos del mismísimo averno. Pero el directorjefe, doctor Finters, sabía que había salido de uno de sus pacientes. Y no hacía falta que le indicaran quién había sido. Lo sabía de sobras: Jonathan Ratott.

Se inclinó sobre la repisa de la abierta ventana e intentó localizarle. ¡Ya empezaba él también a sentir no sabía qué...!

Le vio en seguida. Alto y fuerte, con el cráneo lleno de cicatrices y con los ojos brillantes como ascuas. ¡Con la mirada clavada, hundida, incrustada en él!

Quiso hacer frente a aquella mirada, pero no pudo. Era como si le quemara... ¡Oh, qué absurdo resultaba aquello! ¿Es que, después de varios años de tratar con dementes, iba a dejarse impresionar de un modo tan pusilánime?

Terminó alejándose de la ventana, volviendo a ocupar su sillón tras la mesa del escritorio. Y quiso releer unos diagnósticos, pero sin conseguirlo. No terminaba de concentrar su atención.

Decidió salir de allí e ir a visitar a sus tíos. Sí, era preciso que intentara que la vida cobrara un nuevo ritmo para él. De seguir las cosas de la forma que estaban, terminaría desquiciado como cualquiera de aquellos desgraciados. Sí, debía decidirse a dar aquel paso. Por mucho que le costara.

Y una media hora después, Montgomery Finters llegaba a Gall, localidad situada a unos diez kilómetros de Barttard. Donde vivían, si bien por separado, sus tíos Donald y Gregory.

Se habían casado unos cincuenta años atrás, pero ambos quedaron viudos, y sin hijos. No volvieron a contraer matrimonio. La inmensa fortuna que uno y otro poseían, iría a parar a sus manos y a las de Jennie, ya que eran los únicos sobrinos que tenían.

Este pensamiento le hizo encontrar ánimos para llamar a la casa de tío Donald, que se hallaba situada en las afueras, junto a la misma carretera.

En realidad, y pese a todo, Montgomery Finters sabía que lo tenía difícil, muy difícil, por no decir imposible. Tío Donald jamás había soltado innecesariamente una libra. Además, tenía a gala y orgullo ser como era.

«De todos modos —razonó Montgomery para sí—, si le planteo el asunto debidamente... Cabe la posibilidad de que le ablande...»

A pesar de sus ochenta años y pico, encontró a tío Donald con un aspecto magnífico. A aquel paso llegaría a cumplir muchísimos más. No, no podía confiar en que se muriera de la noche a la mañana.

Tío Donald le recibió bien, pero con un gesto medio precavido, medio defensivo, que de antemano parecía decirle que de dinero nada de nada.

Sin embargo, la espléndida casa en que vivía, rodeada de un amplísimo jardín, era un claro exponente de su privilegiada posición económica, y Montgomery Finters se dijo que no podía desistir a las buenas.

Y sin más ambages le pidió dinero, asegurándole que lo necesitaba para cuidar mejor a Magnolia, su esposa, que se hallaba muy enferma del corazón, con muy poca vida por delante. Lo cual no era cierto. En absoluto. Y para atender debidamente a Jennie, que en su sillón de ruedas veía que todo lo bueno de la vida había acabado para ella. Un cuadro desolador, donde el dinero podría, sin duda, suavizar la amarga realidad. Eso sí que, por desgracia, era cierto.

—Tú tienes un buen sueldo... —Fue la respuesta de tío Donald—. Eres todo un doctor.

—Lo que yo gano resulta insuficiente para las necesidades que debo cubrir. Por lo menos —hizo constar— para cubrirlas del modo que yo quisiera... Es decir, pudiendo decir a Magnolia y a Jennie que en el Banco tengo una elevada cantidad de dinero y que pueden gastar en la medida que deseen. ¡Pobrecitas, eso les haría más dulce y llevadera la vida!

—Me estás pidiendo que ponga en un Banco, a tu nombre, «esa elevada cantidad», ¿no es eso? —quiso puntualizar tío Donald.

—Sí, tío —afirmó—. Por el bien de ellas... ¡Las quiero tanto y sufro tan intensamente cada vez que tengo que negarles algo! Además, para ti, que eres tan rico, no significaría ningún sacrificio y...

Pero mientras tanto pensaba:

«Pon ese dinero a mi nombre y en menos de doce horas habré abandonado Barttard para no regresar en la vida».

—Tengo hecho testamento a tu favor, y al de Jennie. Mis millones serán vuestros, pero cuando yo muera... No antes, lo

lamento —hizo un gesto ambiguo—. De todos modos, no creo que tengáis que esperar muchos años.

No consiguió hacerle cambiar de parecer. Sus súplicas no sirvieron de nada, por más que fueron insistentes, reiterativas, hasta verdaderamente no poder serlo más. Tuvo que salir de allí, dándose por vencido.

Pero quedaba tío Gregory.

Sin embargo, con éste se repitió el hecho de mendigar algo que había de serle rotundamente negado.

—Cuando muera, Montgomery, entonces todo será para ti y para Jennie. Yo también tengo hecho testamento a vuestro favor. Pero mientras tanto... No te muestres tan impaciente, hombre... Todo llegará...

Tío Gregory tenía una salud mucho más delicada que su hermano Donald, pero también tenía menos años.

Así que tampoco daba la impresión, ni mucho menos, de ir a dejar este mundo.

«¡Demonios, éstos no se mueren ni aunque los fusilen!», mascullaba rabiosamente Montgomery Finters, ya de regreso en su coche.

Debería encontrar otra salida. Con sus tíos no podía contar para nada. Lo que se temía.

Pero él sabía muy bien que el factor tiempo no estaba a su favor. Por el contrario, lo tenía en contra. Los minutos iban transcurriendo de un modo inexorable...

Verónica le dijo la última noche, con un tono seco, brusco, que sonaba a inapelable sentencia:

—No estoy dispuesta a seguir llevando esta perra vida... Tú verás lo que haces, Montgomery... Tú verás lo que me ofreces... Te doy cuarenta y ocho horas para decidirte...

CAPÍTULO II

Respiró hondo antes de meter la llave en la cerradura. Siempre solía hacerlo así, como queriendo acaparar oxígeno antes de vérselas de nuevo ante aquellas dos mujeres, cuñadas entre sí, que no podían ciertamente permanecer más en bloque, más compenetradas, más unidas, en su odio inextinguible hacia él.

Abrió la puerta y entró.

Dio unos cuantos pasos en el vestíbulo.

Y las vio. Estaban en la biblioteca. Pero no hablaban. Por lo menos no hablaban en aquel momento, Magnolia, prematuramente ajada y marchita, ofrecía un espectáculo muy poco alentador para un marido. En cuanto a Jennie, como siempre en su sillón de ruedas, angustiaba el solo hecho de mirarla.

Aunque era peor si era ella la que miraba. Porque entonces se veía en sus pupilas unas ansias desesperadas de desquitarse de toda la terrible y horrenda desolación que experimentaba. No, no disimulaba...

¿Para qué disimular cuando Montgomery sabía de sobras lo que ella sentía?

—Vienes muy pronto —comentó Magnolia, con su voz cascada.

—¿No está el almuerzo? —preguntó él, por todo saludo y toda respuesta.

—Sí —su tono se había hecho sumamente desabrido.

Salió de la biblioteca, dirigiéndose hacia el otro extremo de la casa, que era donde se hallaba la cocina.

Montgomery se quedó a solas con su hermana, la que le miró fijamente, muy fijamente, pero sin decirle nada.

—Tienes una carta sobre el regazo —repuso Montgomery, reparando en el sobre—. ¿De quién es? Si puedo saberlo...

—Es de Maggy. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, aquella amiga tuya...

—Mi mejor amiga, dentro y fuera del colegio. Juntas pasamos momentos maravillosos. ¡Qué hermosa era la vida entonces! Pero todo acabó... —Su acento se había hecho tan patético, que causó escalofríos en su hermano—. No, para Maggy, pero sí para mí...

—¿Qué te cuenta? —preguntó, para no dejar detenida la conversación en aquel punto, por alargarla un poco más.

—Va a venir a verme, a pasar unos cuantos días en mi compañía. Ha estado años sin saber de mi paradero... Antes vivíamos a muchos kilómetros de aquí, ¿recuerdas? Cerca de aquel bosque... —recalcó estas últimas palabras—. En consecuencia, Maggy ignora lo del accidente de coche... ¡Imagínate la sorpresa que se llevará al verme clavada en este sillón! —Hizo un gesto amargo, y agregó—. A ella le van bien las cosas. Va a ser la protagonista de una película. Siempre había tenido la ilusión de ser artista de cine.

—Sí, sí —asintió—. Ya lo recuerdo.

—Su papel será el de una bailarina... —Y explotó, crispando furiosamente con sus manos los brazaes del sillón—. ¡Qué contraste entre ella y yo! —Y sin calmarse, muy al contrario—. ¡A ti te lo debo, Montgomery! ¡Cómo te odio, cómo te aborrezco!

—Por favor, Jennie, yo no tuve la culpa...

—¡Sí la tuviste! —gritó la muchacha—. ¡Si no te hubieras metido en mis amores, esto no habría llegado a suceder! ¡No lo ignoras! Pero le pagaste para que me abandonara y...

—Si te abandonó —intentó que su voz saliera lo más firme posible— era porque no te quería. De lo contrario mi dinero no hubiera servido de nada.

—Pero yo no pude creer en su huida, en su cobardía, en su desamor, y corrí, volé a su lado... Había llovido, la carretera estaba resbaladiza, y los frenos no respondieron debidamente... En un instante sucedió todo... ¡Por tu culpa, Montgomery! ¡A no ser por ti estaría casada con él! ¿Qué importancia podía tener que viviera en una cabaña, en mitad del bosque, y que sólo fuera un simple leñador...? ¡Yo le quería! ¡Le quería con toda mi alma! ¡Le quería más que a mi propia vida!

—Lo hice por ti, Jennie —trataba de que se hiciera cargo, que lo comprendiera. Lo intentaba por centésima vez—. Tú eras tan joven, tan encantadora, tan perfecta, que yo deseaba para ti una boda de

categoría. La boda con un príncipe, si es que no podía ser con un rey. ¿No lo comprendes?

—Pues mira, ¡mira! —se rió histéricamente—, en qué ha acabado mi perfección. ¡A ver qué boda de categoría me haces ahora!

—Te lo ruego, Jennie, no te tortures así, ni me tortures a mí. Lo pasado ya no tiene arreglo. Por desgracia...

—Pero sería demasiado cómodo para ti —intervino Magnolia, apareciendo en el dintel de la puerta— que Jennie olvidase... ¡Pues no olvida! ¡Ni ella ni yo! ¡Fue una imperdonable crueldad el que te empeñases en separar a dos personas que se amaban!

—El no la amaba —se defendió Montgomery Finters—. Al aceptar el dinero que le envié por mediación de un amigo y alejarse de ti, Jennie, demostró que le importabas bien poco. ¿Tan difícil es de entender?

—Algo de razón tienes en eso —admitió Magnolia—, pero ello no te justifica. Como tampoco tiene posible justificación que a partir de aquel momento no hicieras los imposibles, si ello era preciso, por recuperar nuestro aprecio... El de Jennie y el mío.

—Lo intenté —dijo Montgomery—, pero vuestro rencor, vuestro odio, era ya más fuerte y más alto que el más alto y fuerte de los muros. No había quién lo traspasara.

—Además —ironizó Magnolia—, ¿a qué empeñarse mucho si...?

—¿Qué insinúas? —preguntó Montgomery Finters.

—No querrás hacerme creer que, desde entonces, o mejor dicho, desde bastante antes, estás sin... ninguna mujer. Seguro que la tienes. Eso no le cuesta a un hombre, sobre todo, cuanto puede sacar una cartera con billetes.

—Si vivimos físicamente separados, Magnolia, la culpa no es sólo mía. La ilusión murió por ambas partes. De común acuerdo lo reconocimos así.

—Pero aunque ahora Magnolia quisiera reanudar la vida matrimonial —dijo Jennie, asomando a sus pupilas una súbita malignidad—, tú te negarías a ello. ¡Estoy segura!

—¡Jennie! —protestó.

—Te las das de hombre desgraciado, incomprendido, injustamente censurado... Pero a mí no me engañas, Montgomery. En todos los sentidos eres pura basura.

—¡Cállate, Jennie! —se exaltó.

—¿Desde cuándo te obedezco...? Sí, tú no querías reanudar la vida matrimonial... Yo lo sé... Y Magnolia lo sabe también... Un motivo más para que, juntas, unidas, te odiamos más y más...

En aquella casa no se podía vivir. Aquello era un suplicio, un tormento. Era como estar en el infierno.

Montgomery Finters se dirigió aquella tarde al sanatorio psiquiátrico de Santa Margot como quien busca y espera encontrar una liberación. Porque liberación era cualquier lugar, con tal que no fuera estar en su propia casa.

Pero como si unos y otros estuvieran empeñados aquel día en destrozarle los nervios, apenas entró allí oyó la voz de Jonathan Ratott:

—¡Necesito hablar con usted, doctor Finters! ¡Recíbame, por favor! ¡Es de vital importancia...! ¡Necesito hablar con usted...! ¡Necesito hablar con usted...!

En esta ocasión, la voz del nuevo paciente era tan rasgada, tan hiriente, tan lacerada, que parecía una herida estremecedoramente abierta. Una herida abierta y sangrante, que a gritos desesperados estuviera pidiendo una piadosa cicatrización.

Sin saber exactamente por qué, el doctor Finters se volvió de pronto hacia la enfermera, diciéndole:

—Nora... Voy a recibir a Jonathan Ratott. Condúzcale a mi despacho. —Sí, doctor.

Cuando penetró en la estancia el nuevo paciente de la sala número siete, sus ojos seguían pareciendo ascuas.

Y el doctor Finters volvió a sentirse incapaz de soportar la intensidad abrumadora, pavorosa, de aquellos ojos oscuros. ¡Era como si quemaran!

Pero su debilidad apenas duró unos instantes. Se repuso. No podía ser de otra manera.

—Siéntese... —Hizo un gesto, indicándole el asiento situado frente a su mesa. Luego, se dirigió a la enfermera—: Puede retirarse, Nora. Ya la llamaré cuando haya acabado.

—Sí, doctor.

La enfermera cerró la puerta, dejándoles solos.

Jonathan Ratott ocupó aquel asiento y sonrió de un modo que cualquier doctor se hubiera atrevido a catalogar de demencial.

Pero Montgomery Finters se estaba diciendo ya... que su enfermera tenía razón y que aquel hombre estaba más cuerdo, mucho más cuerdo de lo que todos creían. Sin lugar a dudas su historial clínico era un rotundo, categórico y lamentable error.

Pero, claro, posiblemente se estaba precipitando en sus juicios. En realidad, ¿en qué los basaba...? Resultaba ridículo todo aquello... Absurdo... Increíble...

—Vengo a proponerle un buen negocio —fueron las primeras palabras de Jonathan Ratott.

Palabras que, por descontado, de inesperadas y desconcertantes lo tuvieron todo.

Y aún lo fueron más, hasta rayar en lo verdaderamente insólito, las siguientes:

—Le ofrezco la felicidad que no tiene. La felicidad junto a la mujer que ama, Verónica.

El doctor Finters respingó tan violentamente hacia atrás, que un poco más y se tumba su sillón giratorio.

—¿Qué ha dicho? —inquirió—. No le he entendido bien...

—Pues hablo clarísimo. Mis cuerdas vocales no se vieron afectadas en el incendio... He dicho Verónica... Verónica... Verónica... —Y repitió el nombre hasta que se cansó de pronunciarlo.

—No comprendo... —tartamudeó Montgomery Finters, pálido como un muerto—. ¿Cómo sabe usted...? Eso no lo sabe nadie... Lo llevo todo con absoluta discreción...

—Lo sé —dijo Jonathan Ratott— porque no estoy loco... En los diagnósticos, los doctores son inflexibles conmigo... No lo ignoro... Pero se equivocan... Todos se equivocan. Lo sé —volvió a reír—, porque en su expresión, doctor Finters, yo acierto a leer los azares, zozobras y anhelos de su vida...

—¡Qué disparate! —exclamó éste—. Usted no puede leer en mi expresión, ni en la de ningún ser humano, con esa clarividencia... ¿Me toma por tonto? Así que, si sabe que ella se llama Verónica...

—Nadie me lo ha dicho —repuso Jonathan Ratott, con la mirada más abrasadora que nunca—. ¿Quién iba a decírmelo, si nunca recibo visitas? Pregúntelo, y verá que es cierto.

—Bien —atajó el doctor—, ¿adónde pretende ir a parar...? Esto no tiene ni pies ni cabeza. A menos que me lo aclare

satisfactoriamente, lo consideraré como un puro desvarío de su mente enferma.

—Para aclarárselo satisfactoriamente, lo mejor es que, en un principio, me ciña al pasado. A ese pasado que ha destruido su presente... —Y agregó, sin esperar a que el doctor Finters le diera o no su consentimiento para seguir hablando—. Usted aborrece la pobreza. Por ello se negó a que su hermana se casara con el hombre que ella había elegido... No lo hizo por ella, como intenta hacer creer, sino por usted mismo... Pero su intervención resultó nefasta y hoy paga las consecuencias... Su hermana le odia, y su esposa también... Ésta aún más que su propia hermana... Pero, bueno —abrevió—, usted ama a otra mujer... A una mujer a la que va a perder, doctor Finters... A menos que tome una resolución acertada... —Y recalcó siniestramente el final de la frase.

—Cada vez le comprendo menos.

—Se lo voy a explicar rápidamente —se levantó de un brinco, quedando en pie, plantado ante el doctor—. Usted me deja salir de aquí, me facilita la huida, de un modo discreto, claro, que no le comprometa... Y yo, a cambio de la bendita libertad que me ofrece, le allano el terreno...

—¿Qué terreno? —Y la pregunta surgió balbuceante, incierta.

—Si salgo de aquí, a las pocas horas habré matado a su tío Donald... Después, haré otro tanto con su tío Gregory... Todos sus millones serán para usted, ¿no es eso, doctor Finters? ¡Pues ya tendrá lo que tantas veces ha ambicionado! Seguidamente, quitaré de en medio a su esposa Magnolia... Se llama Magnolia, ¿verdad? Pues, sí, la eliminaré... Podrá, entonces, casarse con Verónica... Y todo habrá salido a la medida de sus deseos...

Ni en sueños mejor...

—¡Está loco! ¡Rematadamente loco! —barbotó Montgomery Finters.

Una exclamación que desde luego hubiera inducido a reír, y ruidosamente, si las circunstancias fueran un tanto propicias para ello. Pues, ¿no era aquél un perturbado mental y aquel lugar un sanatorio psiquiátrico? La frase parecía tener sentido del humor.

—¿Qué puedo perder yo...? —inquirió la voz rasgada e hiriente de Jonathan Ratott. Seguía en pie, ahora dando la sensación de desafiar, no sólo a las circunstancias, sino también al propio doctor

—. Si cometo esos crímenes y me cogen, no sucederá nada.

Estoy loco. Me traerán nuevamente aquí, y eso será todo. Y si nadie intercepta mis planes y éstos me salen redondos, me habré ganado el favor que usted me habrá hecho dejándome libre y... Bueno, supongo que como despedida tendrá un buen detalle conmigo. Será millonario, ¿no? Pues..., pues... pongamos, por ejemplo, treinta mil libras... Así nos separaremos como buenos amigos —y puntualizó—: Por mí, podemos cerrar el trato ahora mismo.

Montgomery Finters también se puso en pie. Quiso hacerlo con firmeza, con decisión, diciéndole que le estaba tomando por lo que no era. Pero lo cierto es que se levantó de un modo vacilante, tambaleándose como un verdadero beodo...

—A usted le falta carácter —dijo Jonathan Ratott—. Por usted mismo nunca solucionará nada. Necesita quien le ayude.

Y el doctor Finters se sintió más que nunca vencido, abrumado, acorralado.

De súbito, se desplomó en su asiento, como un fardo sin peso al que hubieran arrojado desde la altura.

—De acuerdo —musitó, finalmente—. Le franquearé la salida hoy mismo. —Y añadió, levantando hacia él sus ojos, cuyos párpados mostraban un persistente tic—. Elimine a mis tíos y a Magnolia... En cuanto lo haya hecho le daré las treinta mil libras...

—¿Qué hacemos con Jennie? —preguntó Jonathan Ratott—. Tiene usted una hermana que se llama así, ¿no es eso? ¿Quiere que también la mate...? Por mí no hay inconveniente... Si lo desea, se lo hago por el mismo precio. Poco habría de costarme. La pobre está que no puede valerse...

—¡No, a Jennie no quiero que le haga ningún mal! —La prohibición sonó tajante, con unas energías que surgieron de donde ya no parecía haberlas—. Jennie es mi hermana pequeña.

—Pero ella le odia a usted.

—Sí, es cierto. Pero la culpa de su odio es mía, sólo mía. No quiero que le pase nada malo.

—Mejor —repuso Jonathan Ratott—. Menos trabajo para mí. Yo lo decía para quedar bien con usted. Bien mirado, a usted voy a deberle el dejar este espantoso lugar, donde se volvería loco el más cuerdo.

¡Cómo brillaban los ojos oscuros de Jonathan Ratott! ¡Ahora, más que nunca, parecían lava candente de un aterrador volcán!

CAPÍTULO III

El dueño del periódico, un hombre que usaba muy pocas contemplaciones con quienes trabajaban a sus órdenes, le había dicho a Harry Benmore:

—Consiga una serie de artículos relacionados con la vida de Maggy Evans. Pero que sean auténticos, reales... Que luego no resulte que todo ha sido imaginación suya... La muchacha está bien respaldada, al parecer va a convertirse en una gran actriz. Así que sus artículos pueden resultar de sumo interés... ¡Dese prisa en conseguirlos, Benmore!

¡Quiero empezar a publicarlos lo antes posible!

—A la orden, jefe —sonrió el joven periodista.

Y lo primero que hizo fue ponerse a buscar a la muchacha en cuestión. Ante todo necesitaba localizarla, saber dónde vivía, cuáles eran sus costumbres y qué lugares solía frecuentar con más asiduidad.

En un lugar como Londres, no podía lanzarse a su encuentro sin antes informarse al respecto.

Pronto se enteró de que vivía en un pequeño apartamento y de que solía frecuentar fiestas, aunque no demasiadas, siempre acompañada del mismo hombre. Un hombre mayor, muy rico, que todos sabían que era su protector.

Pero éste, actualmente, se había ausentado de la capital del reino y Maggy Evans, por su parte, había decidido abandonar asimismo la ciudad. Ella, al parecer, con la intención de ir a visitar a una antigua amiga de colegio que vivía en la localidad de Barttard.

Por una vecina del mismo rellano, a la que por lo visto le cayó bien su metro ochenta y la anchura de sus espaldas, el joven periodista se enteró de que, exactamente a las siete y veinte de aquella noche, Maggy Evans iba a coger un autocar.

—Tiene ya plaza reservada —añadió la vecina.

—¿Sabe de qué lugar parte ese autocar?

Lo sabía. Se lo dijo.

Al salir de allí, Harry Benmore miró su reloj de pulsera, Eran las siete y dos minutos. Faltaba muy poco, pues, para que el autocar cogiera a los pasajeros e iniciara su itinerario.

Se apresuró a darle la marcha a su coche, que había conseguido dejar aparcado relativamente cerca.

Y, desde luego, llegó a tiempo de lo que se proponía.

La prueba está en que, antes de las siete y veinte minutos, es decir, antes incluso de que el autocar emprendiera la marcha, él iba ya carretera adelante llevando a Maggy Evans a su lado.

Pero, claro, no le había dicho que era periodista. Seguro que, de decírselo, adivinando sus intenciones, hubiera huido de su presencia como del mismo demonio.

Se limitó a asegurarle con su proverbial simpatía, que había visto muchas veces su fotografía en las revistas de cine y que era la muchacha más preciosa del mundo.

Asegurar esto, desde luego, no le obligó a decir una mentira. Harry Benmore había quedado profundamente impresionado de los encantos de la chica, más joven de lo que él se esperaba, ya que quizá no hubiera cumplido todavía los veintidós años. Era alta, con magníficas formas, soberbias piernas y dos ojazos oscuros, inmensos, verdaderamente sensacionales. La cabellera era rubia y le caía hasta media espalda.

—Conociendo chicas como tú —le dijo él, tuteándola de buenas a primeras— se aprende a silbar... A silbar largo...

Ahora iban ya juntos en el coche. No cabía duda. A ese paso, todo iba a salirle a las mil maravillas. No, no le costaría nada escribir aquellos artículos.

—Vas a hacer una estupenda película, ¿verdad? —preguntó, sin esperar mucho—. Todas las revistas hablan de lo mismo.

—Sí, eso dicen —sonrió Maggy.

—Pero es cierto, ¿no? —quiso asegurarse.

—La verdad —repuso ella, sinceramente—, aún no estoy decidida del todo. Tengo que pensármelo.

—Yo creía que era ya cosa decidida.

—Voy a pasar unos días con una buena amiga. Al regreso

tomaré la determinación que sea.

—¡Ah!

Pocos minutos después empezó a llover. Una lluvia torrencial, aparatosa, que convirtió en odisea el hecho de ir en coche de un lugar para otro. Un hecho peligrosamente agravado por la circunstancia de que todo se hallaba rodeado por las tinieblas de la noche. A excepción de los momentos en que el cielo quedaba rasgado por el resplandor de los relámpagos. Entonces su reflejo daba contornos y perfiles por un lado y por otro.

Pero la aparición de los relámpagos era fugaz, resultaba insuficiente.

—Sería mejor parar —dijo Maggy Evans.

—Yo siempre obedezco a las chicas guapas —respondió él, frenando casi en seco.

—Gracias. Ahora me siento más segura —luego, añadió—: No he debido dejar mi plaza en el autocar. He hecho mal.

—No lo dirás porque yo te dé miedo, ¿verdad? —sonrió Harry.

—¡Oh, no, claro que no! —aseguró Maggy—. Además, le estoy muy agradecida por su gentil ofrecimiento.

—Yo también voy a la localidad de Barttard. No tiene la menor importancia. En realidad, llevarte es un verdadero placer.

—Pero está tan oscuro...

De pronto gritó.

Un nuevo relámpago había cruzado la atmósfera y Harry Benmore justificó o interpretó, en tal sentido, el motivo de su grito. No obstante, dijo:

—No eres ya una niña para asustarte así.

—No ha sido por eso... —Y se había llevado las manos a la boca, donde ahora ahogaba su jadeo. Los ojos se le habían abierto hasta reflejar el espanto—. No es por eso...

—Pues ¿por qué es?

Harry Benmore miró hacia donde se dirigían los ojos de la muchacha, tan abiertos. Y vio allí cerca, muy cerca, una ventana iluminada.

—Tras esa ventana —musitó Maggy Evans, y jadeaba más y más — se está cometiendo un crimen... La víctima es un viejo... El asesino tiene el cráneo rapado, lleno de cicatrices... ¡El arma homicida es un hacha!

El anciano Donald Finters había retrocedido, horrorizado, despavorido, ante la súbita y demencial presencia de aquel intruso, el cual había aparecido alzando un hacha en su mano derecha, presto a descargar el golpe contundente y fatídico.

Se apoyó en el respaldo de una silla, consiguió mantener el equilibrio y encontró alientos para preguntar:

—¿Quién es usted?

El hombre se echó a reír.

—Soy su asesino —dijo.

—Yo no le conozco —gimoteó Donald Finters—. Yo no lo he hecho ningún daño.

—Ya lo sé —repuso Jonathan Ratott—. Pero debo matarle. He dicho que lo haría. No puedo faltar a la promesa dada.

—No, no... —siguió gimoteando.

—Sí —afirmó—, y debo hacerlo pronto, lo antes posible. Ahora está solo y ello me favorece. No quiero que me cojan. El manicomio es un mal sitio. Allí se está muy mal.

—¿El manicomio...? —Tembló la voz, y temblaba su cuerpo, sus piernas, sus manos, todo él.

—Sí —dijo Jonathan Ratott—. Dicen que estoy loco. Ayer me escapé del sanatorio psiquiátrico de Santa Margot.

—Perdóname la vida —suplicó Donald Finters— y te daré todo lo que me pidas.

—Imposible. Debo matarte —y gritó de súbito—: ¡Basta de palabrería! ¡Prepárate a abandonar este mundo! ¡No tienes escape!

Se lanzó sobre él, blandiendo el hacha.

El anciano Donald Finters retrocedió de nuevo, esta vez hasta que su espalda quedó detenida por la pared. A él le dio la sensación de que, en su desesperado horror, en su desquiciado pavor, la incrustaba allí.

Los ojos le salían de las órbitas. Allí estaba la muerte... Esa tenebrosa desconocida a la que hasta entonces no había temido.

Pero ahora la tenía demasiado cerca y se sentía, quisiera que no, aterrado.

Vio cómo el hacha caía sobre su cabeza, pero tenía más de ochenta años y, además, sentía agarrotados todos sus miembros, así que sólo acertó a encogerse, a achicarse, a esperar que el golpe cayera.

Y cayó, fuerte, rotundo, partiéndole el cráneo por la mitad. Deteniéndose el tajo, justo entre ceja y ceja.

La cabeza, entre un surtidor de sangre, que salpicó suelo y paredes, había quedado aterrorantemente abierta, Pero los ojos de Donald Finters siguieron mostrando la misma expresión despavorida.

Una expresión que parecía moverse, agitarse, y esto incluso estando ya el cuerpo desplomado en el suelo; todo, en realidad, había ya acabado definitivamente para él.

Jonathan metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó una pequeña caja de cartón, aunque no tan pequeña, y esto quedó demostrado poco después.

Las manos del hombre que el día antes había huido del sanatorio psiquiátrico, se metieron dentro del cráneo abierto de Donald Finters y sacaron su masa encefálica. Parte de ella, que cuidadosamente colocó en la caja de cartón.

Y repitió la acción una y otra vez, sin estremecerse lo más mínimo, sin darse cuenta en absoluto de lo horrendo y alucinante de su proceder, hasta que el cráneo quedó completamente vacío, enteramente limpio, y la caja quedó llena, hasta casi rebosar de contenido.

A continuación, Jonathan Ratott miró con detenimiento la cara del muerto.

—¿Vives todavía...? —le preguntó. Y como no recibiera la respuesta que al parecer por unos instantes estuvo esperando, agregó—. No, ya no... Sin cerebro, el único que soy capaz de vivir soy yo...

Después cerró la caja y escribió en su tapadera estas estremecedoras palabras:

«Mataré a tres personas más... Les enviaré su correspondiente cerebro. A menos que me detengan antes. Me gustan los cráneos vacíos, como el mío».

CAPÍTULO IV

—Has visto visiones —dijo Harry Benmore—. ¿Es que va a ser de misterio, de crímenes, tu próxima película?

—Le aseguro que es cierto —afirmó Maggy Evans—. Puede usted no creerlo...

—¡Oh, nada de hablarme de usted! —protestó el periodista—. Tutéame, por favor.

—Como quieras..., como quieras... —aceptó la muchacha—, pero te aseguro que es cierto, te he dicho la verdad... Tras esa ventana, lo he visto clarísimo...

Tanto insistió Maggy Evans sobre ese punto y tan sumamente asustada se mostraba, que finalmente Harry Benmore dijo:

—Bien, vayamos a ver si es verdad. Ha parado la lluvia. Es un buen momento.

—¿Qué? —Se estremeció Maggy—. ¿Ir nosotros a esa casa? ¡Yo no me atrevo a dar un paso!

—Pues yo sí —dijo Harry, tan tranquilo.

—Pero si ahí dentro hay un asesino... —Y asustadísima, la muchacha le retuvo a su lado estirándole por la manga de la americana.

—No, mujer, los ojos te han jugado una mala pasada... Esto es todo... Iré allí, llamaré, y ya verás como el dueño me recibirá tan tranquilo.

—No vayas —suplicó—. No te arriesgues. Pon el coche en marcha y alejémonos de aquí; es lo mejor que podemos hacer.

—Has picado ya mi curiosidad —repuso Harry—. Ya no soy capaz de dejar suelto ese interrogante. Para algo soy..., soy... —Iba a decir «periodista»—, soy... un hombre curioso e inquieto por naturaleza.

—Pero ¿y si el asesino se mete contigo? —Maggy Evans estaba cada vez más nerviosa y excitada.

—Los asesinos cometen sus fechorías y luego se marchan —repuso Harry—. No se quedan a cenar. Aunque haya sucedido lo que tú dices, se habrá ido ya. Pero, como sea, yo voy a ir a ver qué pasa.

—Bueno, bueno —se decidió—. Te acompaño. Tampoco me atrevo a quedarme aquí sola.

Del coche a la puerta, sus medrosos pasos los dio muy junto a él, como buscando de antemano la protección que tal vez pudiera necesitar.

Al llegar a la puerta principal de la casa, Harry Benmore frunció el entrecejo. Permanecía entreabierta. Algo, evidentemente, anormal...

Empujó la puerta y vio que se colaba una luz desde una habitación, cuya puerta, a su vez, permanecía asimismo entreabierta.

En el suelo del vestíbulo habían señales de sangre...

—¡Sangre! —gritó Maggy Evans, y se cogió del brazo de él, sin encontrar fuerzas para soltarse y dejarle, por si acaso, libre de movimientos.

No se amedrentó Harry Benmore ante el hallazgo y siguió adelante, hacia la habitación aquella... que, por su situación, debía ser la que tenía la ventana orientada hacia la carretera.

La muchacha hubiera dado cualquier cosa por retroceder, pero para eso hubiera tenido que desprenderse de Harry Benmore y no tuvo ánimos de hacerlo; así que se vio obligada a ir hacia el dintel de aquella puerta. Pero ahora arrastraba los pies.

Al llegar allí y ver al anciano Donald Finters, ambos quedaron clavados en el suelo, petrificados. Pero si Harry Benmore acertó a serenarse, a sobreponerse, ella, no, y se puso a gritar como si le hubiera dado un ataque de histeria.

El asesino había huido. No quedaba ni rastro de él.

Allí sólo había el hacha homicida y el cadáver del dueño de la casa, con el cráneo abierto en dos, vacío, hueco, sin masa encefálica.

A Harry le costó calmar a la muchacha, pues aquel crimen, de puro alucinante, sobrepasó su resistencia emocional.

Pero finalmente los nervios de Maggy Evans se fueron serenando y llegó a recuperarse. Para entonces se encontró con el rostro

lloroso puesto sobre el pecho del hombre y a este medio abrazándola.

—Cálmate, Maggy. Ya ha pasado todo.

La muchacha pensó que estaba a gusto en aquella postura, apoyada en aquel poderoso tórax, y que era una verdadera pena que su protector no se pareciera en nada a él.

Pero no pensó nada más al respecto, pues el momento no era apropiado para dedicarse a tales reflexiones.

Harry Benmore acababa de decir que era preciso actuar.

—Hemos de dirigirnos a la policía. Esto ante todo.

—Sí, claro —asintió ella. Y añadió—: Luego me acompañarás hasta la casa de mi amiga, ¿verdad, Harry? Después de lo sucedido, creo que no me atrevería a nada a no ser llevándote a ti a mi lado.

—Gracias por el cumplido. Te acompañaré encantado.

Y Maggy Evans había de alegrarse sinceramente de haberle hecho este ruego.

Pero eso fue luego, más tarde, al comprender que sus zozobras y sus sobresaltos no habían concluido.

De momento, empero, creía que iba a encontrar en la casa de su amiga un recibimiento agradable, cordial, gratísimo, como lo era el recuerdo que tenía del compañerismo entre ambas.

Pero resultó horrible, patético, ver aparecer a Jennie en aquel sillón de ruedas y ver sus ojos, que ya no tenían la alegría ni la dulzura de antes.

Y resultó también angustioso, desagradable, conocer a Magnolia, que rezumaba odio y rencor por todos los poros de su piel.

—He venido con Harry... Harry Benmore —dijo Maggy a su antigua amiga—. Es mi novio... No te importará que se quede aquí con nosotros, ¿verdad? Eso siempre que tengas alguna habitación disponible, claro...

Se atrevió a pedirselo, porque sin la presencia de él no hubiera osado quedarse en aquella casa. Sin duda debido a lo excitados que aún tenía los nervios, todo aquello se le antojaba excesivo para ella. Aunque, posiblemente, estaba exagerando.

Harry quedó desconcertado con su salida, pero la asimiló con rapidez y complacencia.

—Tenemos habitaciones de sobras —respondió Jennie—. Puede quedarse tu novio, no faltaría más. Será un placer que pase estos

días con nosotros.

—Es usted muy amable —dijo Harry—. Se lo agradezco de veras. —Y para que no cupieran dudas respecto a sus relaciones con Maggy Evans, y también para aprovecharse un poquito de las circunstancias, pasó su brazo por los hombros de ella, atrayéndola cariñosamente hacia sí. Entonces añadió, al reparar en la expresión de Magnolia, que tenía bastante de hosca—. Me quedaré encantado, contando asimismo con el beneplácito de usted, señora.

—Está usted en su casa —repuso la esposa del doctor Finters, aunque de bastante mala gana.

—Muchas gracias, señora.

Luego la pareja habló del crimen que habían casi presenciado, y de la inevitable visita que habían tenido que hacer a la comisaría de policía. Luego, pronunciaron el nombre de la víctima.

—¡Es mi tío! —exclamó Jennie, con las pupilas dilatadas.

—Sí, sí —asintió Magnolia—. Es él... ¿Y quién le ha matado? ¿Y por qué...?

—Se ignoran los móviles del crimen —dijo Harry—. Aún no se ha detenido al asesino.

—¿Se sabe quién ha sido? —volvió a preguntar Magnolia.

—No —repuso esta vez Maggy—. De momento, no. Pero yo he facilitado a la policía todos los datos que he podido.

Dejaron de hablar porque sonaba el timbre de la puerta. Era Nora, la enfermera, que iba a inyectar a Jennie su dosis semanal de vitaminas y tranquilizantes. Desde el accidente, se sentía muy débil y a la vez muy excitada.

CAPÍTULO V

Era ya muy tarde, habían cenado ya, cuando Montgomery Finters llegó a su casa.

Nada más aparecer, todos repararon en que su palidez era cadavérica y en que un temblor nervioso, convulso, agitaba su epidermis desde un extremo al otro de su cuerpo.

Por parte de Magnolia podía esperarse cualquier saludo, cualquier recibimiento, menos el que dio. Resultó descarnado, brutal, en la misma frialdad en que fue lanzado:

—Vienes contento, ¿eh, Montgomery? Sí, claro, ya debes haberte enterado de que han asesinado a tu tío Donald.

El doctor Finters se quedó a unos pasos de la mesa del comedor, agarrotado.

—Sí, ya me lo han dicho —respondió, finalmente—. El inspector Stewart ha ido al sanatorio a comunicármelo.

—¿Se sospecha quién ha sido? —preguntó Jennie, y miraba a su hermano de una forma extraña.

—Sí, sí... Por la descripción que la señorita Maggy Evans ha facilitado... se cree que es un paciente mío... Un loco que ayer escapó del sanatorio. Todo hace suponerlo así; principalmente, la caja de cartón y lo que ha escrito en su tapa...

—¿De qué caja hablas? —preguntó Magnolia.

—La policía la ha recibido, cuidadosamente envuelta en papel. Un chiquillo de la calle la ha llevado... Se la entregó un señor, cuyas señas coinciden... Le dio una libra por el trabajo que le pedía.

—Pero ¿qué contenía esa caja? —quiso saber Magnolia.

Montgomery Finters lo dijo, y todos los presentes, sin excepción, dieron un bote. También Jennie, sobre un sillón de ruedas.

—Bueno, basta ya de hablar de cosas tétricas... —cortó Jennie, tras una pausa—. Si le han matado, peor para él y mejor para ti y para mí que, como únicos sobrinos suyos, le heredaremos. Ahora

cambiamos de tema. Acércate, Montgomery, y saluda a Maggy Evans. ¿Es que ya no te acuerdas de ella? El es Harry Benmore, su novio...

Se cruzaron los correspondientes saludos.

Pero el ambiente era tan espeso que hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Verdaderamente, daba angustia y escalofríos permanecer en aquella casa.

Y fue un alivio cuando llegó el momento de retirarse a descansar.

Cada uno, pues, se dirigió a su respectivo aposento, Jennie lo tenía en la planta baja. Los demás, en el piso.

Y el alivio fue ante todo para la guapa Maggy Evans, a quien le facilitaron una habitación que se comunicaba con la del lado por una puerta. Una puerta con el cerrojo puesto.

Un cerrojo que se apresuró a descorrer, pues la otra habitación había sido destinada a Harry Benmore.

—No he debido decir que eras mi novio... —se disculpó—. Ni he debido comprometerte para que te quedaras aquí. Pero me ha entrado un miedo muy grande y no he podido evitarlo.

—No tiene importancia, preciosa —sonrió Harry Benmore—. Te lo aseguro. Me ha encantado que dijeras que soy tu novio... Me he sentido profundamente halagado.

—Pero tú has venido a algo a Barttard...

—Para nada importante ni urgente —se apresuró a decirle—. Tranquilamente, te puedo dedicar los días que quieras. Y puesto que tienes miedo, te prometo que seguiré a tu lado hasta que decidas marcharte de aquí.

—Eres muy bueno, Harry, te estoy muy agradecida —y le miró casi tiernamente.

Y Harry Benmore, acusando en aquel momento el impacto de aquella dulce y enternecedora mirada, sintiéndose celoso de algo por primera vez en su vida, le dijo:

—Puede que sea bueno, pero desde luego no soy tan rico como tu protector.

—¿Qué sabes tú de él...? —replicó Maggy Evans.

—Lo que cuentan las revistas de cine.

—No hagas caso de los periodistas —se había sonrojado—.

Todos son unos liosos.

—¿Todos? —sonrió.

—Sí, sí —afirmó—. Absolutamente todos. Mentirosos, enredadores...

Se detuvo, pues Harry Benmore se le había acercado un poco más de la cuenta. De un modo instintivo, casi inevitable, porque los encantos de la muchacha resultaban allí, ellos dos a solas, un impacto demasiado fuerte.

—¡Eh, guapo! —Y Maggy le paró, poniéndole las manos en el pecho—. No tan aprisa.

—Supongo que estás acostumbrada a que los hombres pierdan la cabeza por ti.

—Sí, estoy acostumbrada —dijo la muchacha—. Pero se da el caso curioso de que yo todavía no la he perdido por nadie.

—¿Ni por quien te ha interesado...?

—Vuelves a referirte a mi protector, ¿no es eso? ¡Pues para que te enteres, ni con ése!

Y cerró la puerta de comunicación, casi dándole en las narices. Suerte tuvo que retrocedió aprisa.

Mientras tanto, en el dormitorio de Magnolia, ésta se encaraba con su marido, quien había entrado allí a una indicación de ella. Sólo debido a eso, puesto que no era allí donde pasaba las noches.

—¿Has sido tú...? —le había preguntado—. ¿Has sido tú quien le ha matado? ¡No me extrañaría! ¡Deseas ansiosamente tener dinero, mucho dinero...! ¿Crees que no lo sé?

—Cálmate, Magnolia, no sabes lo que estás diciendo —protestó—. Y piensa que pueden oírnos; tenemos invitados.

—¿Y crees —insistió, sin hacer caso de los reparos de él— que no sé para qué quieres tanto dinero? Pues para contentar a otra mujer que, sin duda, será mucho más hermosa que yo.

—No existe otra —mintió Montgomery—. Son figuraciones tuyas. Ni he sido yo quien ha cometido ese crimen. Es un disparate el que pienses de ese modo. Por suerte, todos saben que a la hora en que se cometió el crimen yo estaba en el sanatorio.

—¿Estás seguro? ¿Tienes testigos de ello? —Parecía no creérselo del todo.

—¡Claro que tengo testigos! —exclamó—. Todos los que sean precisos. Desde Nora, mi enfermera particular, a los practicantes,

empleados...

—Bien, bien. Si es así deberé aceptarlo como cierto. ¿Y has dicho que al parecer ha sido un paciente tuyo quien lo ha hecho?

—Sí —dijo Montgomery Finters—. Un loco.

—Que te ha servido a la perfección. ¿No eres del mismo parecer...? —Y clavó la mirada en su marido, queriendo leer muy profundamente en él.

El doctor Finters aguantó bien la intensidad recelosa e inquisidora de aquella mirada.

Harry Benmore pensó que aquel día había concluido y que valía más echarse a dormir. Ya se vería lo que deparaba el siguiente.

Pero se acercó casualmente a la ventana y miró hacia el exterior. Y entonces se dio cuenta de que alguien había entreabierto la puerta que daba a la parte posterior de la casa y que por allí se deslizaba sigilosamente.

Sin embargo, no pudo percatarse claramente de quién se trataba, y su instinto inquieto, imaginativo, le impulsó a seguirle.

¿Quién debía ser? ¿Y adónde se dirigía a aquellas horas? ¿Y qué intentaba ocultar con tanto misterio?

Abandonó la habitación sin hacer ruido y poco después había ya descendido la escalera y salido a su vez de la casa.

La sombra estaba ya bastante lejos, casi parecía perderse entre la oscuridad de las callejuelas. Saliendo por aquella puerta trasera, era éste el panorama que se encontraba, unas callejuelas que iban a parar a una pequeña plazoleta.

Y allí había una vieja casa, de una sola planta, con ventanas de color verde oscuro, que daba la sensación de ser algo distinto a las que le rodeaban. Pero de buenas a primeras no podía saberse el porqué de esa apreciación.

Tal vez se debiera a que de esas paredes se desprendía un no sé qué de extraño y misterioso, un no sé qué, que todos coincidían en asegurar que no tenía nada de agradable.

Aquella vieja casa había sido alquilada por una mujer joven y hermosísima, con unos ojos verdes, rasgados, que parecían los de una gata alevosa, cruel y traicionera. No salía casi nunca. Tampoco recibía a nadie.

¿O acaso recibía visitas por las noches...?

Nadie había visto nada. Por lo menos nadie decía haber visto

nada.

Pero aquella noche, Harry Benmore vio quién era la persona que entraba allí.

Llegó hasta la puerta de entrada, llamó de un modo particular, tres golpes, un golpe y luego tres golpes más.

La puerta se entreabrió. Aunque sólo lo suficiente para que el visitante pudiera pasar.

El doctor Finters, que era la persona que había abandonado la casa con tanto sigilo, penetró allí. Acto seguido, se cerró de nuevo la puerta.

Otro, que no hubiera sido Harry Benmore, se hubiera conformado con el descubrimiento hecho, pero para él eso no era averiguar nada; estaba acostumbrado a profundizar mucho más en los asuntos ajenos.

Así, pues, alzó la mirada por la fachada de la vieja edificación, buscando por dónde poder encaramarse. La casa tenía varias ventanas. Si pudiera observar a través de alguna de ellas, posiblemente le sería dado curiosear a placer.

Reparó en la tubería del agua, que subía por una de las partes laterales. Por ella podía llegar a un pequeño saliente de la fachada. Y una vez allí, una de las ventanas quedaría a su alcance.

Se dispuso a intentarlo. Para eso de trepar solía darse maña.

Lo consiguió.

Le resultó más difícil de lo que imaginara en un principio, pero logró lo que se proponía. Pudo mirar a través de los cristales.

Y entonces vio al doctor Finters, tembloroso, convulso, sudando por todos los poros de su piel, junto a una muchacha de cabellera oscura y ojos verdes, rasgadísimos.

Ella no estaba compartiendo el mal rato de él. Todo lo contrario. Se la veía contentísima.

Llegó a oír su risa alegre y feliz, sus carcajadas, que parecían llenarlo todo.

La ventana se hallaba un tanto entreabierta, así que no era extraño que las voces llegaran hasta él.

También llegó a oír, aunque muy tenue, la voz de Montgomery Finters. Una voz que temblaba, que se agitaba:

—No te rías así, Verónica, No es para reírse... Es para estar asustado. Compréndelo, no he debido hacerlo...

Ella siguió riéndose. Acabó echándole los brazos al cuello.

—Bésame... Bésame... —le dijo, zalamera—. A mi lado lo olvidarás todo...

Harry Benmore se dijo que ya no valía la pena seguir allí. Lo que iba a suceder a continuación, quedaba para que lo cortara la censura.

CAPÍTULO VI

Gregory Finters había quedado muy impresionado con la muerte de su hermano Donald.

Nunca se habían llevado demasiado bien, pero solían verse, tratarse, y posiblemente se habían querido más de lo que ellos mismos llegaron nunca a imaginarse.

Como fuera, lo cierto es que la muerte de su hermano mayor le dejó postrado, hundido, sintiendo entonces, más que nunca, lo precaria que era su salud.

Pero se rehízo relativamente pronto, impulsado por su afán de hablar y de ponerse a disposición de la policía.

Al llegar a la localidad de Barttard, le desanimó la circunstancia de encontrar al inspector Stewart sumido en un mar de dudas y confusiones. Éste le dijo que todo aquello lo veía muy poco claro. Parecía tratarse simplemente del crimen de un perturbado mental, pero temía, deduciendo por las palabras que encontró escritas en la caja de cartón, que el asunto resultara mucho más enredado.

Le prometió, empero, que haría todos los posibles por detener cuanto antes al asesino. La descripción de la señorita Maggy Evans les había ahorrado mucho trabajo.

Gregory Finters temió que no consiguieran detener a aquel hombre, que debía haber necesitado mucha astucia para conseguir huir del sanatorio psiquiátrico de Santa Margot.

Por eso, porque temía que no llegaran a detenerle, fue por lo que se alegró tanto al recibir aquella llamada telefónica.

—Diga.

—¿El señor Finters...? ¿Gregory Finters...?

—Sí, soy yo.

—Le habla el sargento Grey —la voz era recia, muy recia—. Le llamo desde Barttard de parte del inspector Stewart... Quería llamarle personalmente, pero unas diligencias urgentes se lo

impiden... Desea que sepa usted que el asesino de su hermano está ya detenido.

—¡Bravo! —exclamó Gregory Finters, incontinentemente.

—Sí, sí —dijo la voz recia, muy recia—. Era exactamente quien suponíamos. Ha confesado ya.

—Les felicito. Han sabido hacerlo.

—De todos modos... —Inició la frase, dejándola así, pendida de esos puntos suspensivos.

—¿Qué sucede, sargento Grey? ¿Algún inconveniente...? —Y se apresuró a ofrecerse—. Si yo puedo ayudarle en algo, ya saben que estoy a su entera disposición.

—Se trata —dijo la voz recia—, de que nos interesaría mucho que viera usted al asesino... Quizá le conozca... No sé, tal vez con anterioridad le haya encontrado usted en casa de su hermano... Su identificación puede ayudarnos a dar con los verdaderos móviles del crimen, ¿comprende...? Ha confesado, sí, pero de eso no le sacamos.

—Estoy a sus órdenes.

—Sí, pero es ya muy tarde, señor Finters. Nos hacemos cargo de que a estas horas resulta intempestivo... Sólo que, por ganar tiempo...

—Sí, sí —asintió—, me hago cargo. No tiene usted por qué disculparse, sargento Grey.

—Mire, si le parece yo mismo paso a buscarle en un coche de nuestro Departamento. Si de veras no lo considera demasiada molestia.

—¡Oh, no!

—Pues nada, lo dicho. Usted me espera. No tardaré más de media hora.

—De acuerdo.

Gregory Finters colgó el auricular y seguidamente se dirigió a su dormitorio, para ponerse algo de más abrigo. No hacía frío, pero era mejor tomar precauciones, máxime cuando se sentía tan poco fuerte, aquellos días.

Al sonar el timbre de la puerta de entrada, no se molestó en echar un vistazo por la mirilla. Sin duda porque, antes de llegar allí, ya oyó la voz recia, que reconoció al acto:

—¡Soy el sargento Grey!

—En seguida... En seguida... —Y se apresuró a encender el interruptor de la luz del vestíbulo, y seguidamente a abrir la puerta.

Entró un hombre joven, con gabardina y sombrero. Un sombrero calado hasta los mismos ojos.

—Mucho gusto en conocerle, señor Finters —le tendió la mano—. Una vez más le pido disculpas por venir a molestarle a estas horas.

—No se preocupe, sargento Grey. Lo hago encantado.

—He llamado corto para no despertar a nadie.

—Vivo solo —dijo Gregory Finters—. Sólo con una sirvienta... Pero casualmente ésta se halla fuera. Ha tenido que ir a ver a su madre, que se ha puesto repentinamente enferma.

Así que, sargento Grey, como ve no ha despertado absolutamente a nadie.

—Lo que presumía... —Pareció escapársele al sargento Grey—. Está usted solo.

—¿Cómo ha dicho...? —se había desconcertado un poco.

Y sólo entonces se dio cuenta de que el sombrero no terminaba de taponar todo el cráneo del hombre, un cráneo que se hallaba lleno de profundas y horrendas cicatrices. Y sólo entonces, asimismo, se percató de que sus ojos no eran normales, pues brillaban como puras y abrasadoras ascuas. Además, su mirada resultaba sencillamente demencial.

Pero ya era tarde para descubrir todo esto.

Lamentablemente tarde.

Jonathan Ratott había cerrado la puerta a sus espaldas, con una fuerza, con una brusquedad tales, que el vestíbulo tembló.

Y temblaron también los miembros de Gregory Finters, que comprendió, sin necesidad de más, que había caído en una trampa.

Pero cuando el hacha fue ya una aparición real y concreta, se acrecentó su miedo de una forma tan aterradora, tan terrorífica, que él mismo se extrañó de que no dejara de latir su viejo corazón.

Pero no, su corazón seguía latiendo. Desbocado, eso sí... Martilleándole el pecho, la garganta, y luego convirtiéndose en dos, y llegando hasta las sienes, donde amenazaban con estallar.

—Voy a matarte —dijo Jonathan Ratott, y se echó a reír.

Bel mismo modo que se rió la otra vez.

—No, no... —Pero Gregory Finters, sin fuerzas para nada, ni

siquiera las encontró para seguir implorando piedad.

—Sí —dijo Jonathan Ratott—, debo hacerlo. He dicho que lo haría. No puedo faltar a la palabra dada.

Las mismas siniestras palabras. Como si fuera, para él un placer repetirlas.

Gregory Finters pensó que su única oportunidad estaba en echar a correr, haciendo del factor sorpresa su mejor aliado. Sí, debía reaccionar, dejar desconcertado a su enemigo por unos instantes y encerrarse en cualquiera de las habitaciones.

Sí, era esto lo mejor que podía hacer. De pronto, pues, se lanzó hacia donde creyó que tenía más posibilidades de salvación.

Pero no contaba con sus muchos años, con sus nervios, con su alteración, y a los pocos pasos cayó de bruces contra el suelo.

De donde ya no había de levantarse.

Jonathan Ratott alzó fieramente el hacha, y, sin necesidad de pensárselo dos veces, descargó el golpe fatídico, mortal.

Un golpe de absoluta precisión, que le partió el cráneo por la mitad. Deteniéndose el tajo, exactamente, entre ceja y ceja.

Como la otra vez. Ni un centímetro más ni uno menos. Una horripilante y aterradora precisión.

También en esta ocasión había surgido un rojo surtidor de sangre, que salpicó aparatosamente el suelo y las paredes.

Pero Jonathan no se inmutó. Como si no hubiera sido él quien lo hubiese hecho. Con una espeluznante serenidad.

A continuación, sacó otra caja de cartón, de tamaño semejante a la primera que utilizó para tal menester. La dejó cuidadosamente en el suelo.

Y cuidadosamente, la fue llenando de la masa encefálica de Gregory Finters. Lo hizo de un modo concienzudo, laborioso, hasta que el cráneo quedó completamente vacío, enteramente limpio, y la caja llena, casi hasta rebosar de contenido. Después, cerró la caja y escribió en la tapa:

«Mataré a dos personas más. Les enviaré su correspondiente cerebro. A menos que me detengan antes. Me gustan los cráneos vacíos como el mío».

Casi todo igual que la otra vez.

Al inspector Stewart se le demudó el rostro al recibir el paquete, cuyo contenido adivinó, antes de ver.

Era del mismo tamaño. Idéntico papel envolviéndolo. Y también lo había llevado allí, a la comisaría, un chiquillo de la calle. El cual, tranquilamente, acababa de decir:

—Un señor me ha dado una libra por traerlo hasta aquí.

Un nuevo crimen se había cometido. Ya era tarde para impedirlo. El asesino había conseguido, no sólo no caer en poder de los agentes, sino burlar la vigilancia desplegada por éstos.

Decía que mataría a «dos» personas más.

¿A quiénes se estaba refiriendo...?

Ellos no podían saberlo. Ni tan siquiera deducirlo. Iban a ciegas, en aquel asunto.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, cuando Harry Benmore dejó su dormitorio y bajó la escalera, encontró a todos ya levantados, reunidos en el comedor.

Afortunadamente, el ambiente parecía menos opresivo que la noche antes. Como si, aquella mañana, fuera todo más normal.

—Le esperábamos para desayunar —le dijo Magnolia.

—Lamento haberles hecho esperar —y Harry sonrió con simpatía y desenvoltura—. Buenos días a todos.

Miró a Maggy, que le devolvió la sonrisa. Por lo visto, no le guardaba rencor por el atrevimiento de la noche antes.

La muchacha estaba junto a Jennie, que, como siempre, ocupaba su sillón de ruedas. Estaban hablando entre ellas. Por lo que Harry pudo cazar al vuelo, Jennie le estaba explicando cómo, dónde y por qué le sucedió aquella desgracia.

Poco después, se ponían a desayunar.

El doctor Finters no estaba presente, pero el joven periodista no se atrevió a preguntar por él. Temió pecar de indiscreto.

Pero Magnolia salió al paso de sus pensamientos, diciéndole:

—Mi marido ha recibido una llamada del inspector Stewart. Por lo visto, tenía algo que decirle. Ahora debe estar en comisaría. Me ha dicho que desayunáramos sin él.

—¿Pasa algo malo...? —preguntó Harry.

—No lo ha dicho —repuso Magnolia.

—Debe tratarse —intercaló Jennie— de algo relacionado con la muerte de tío Donald.

—Sí, supongo que sí —convino Harry.

Pero si algo de normal tenía aquella reunión y aquel desayuno, dejó, de pronto, de tenerlo.

Apareció Montgomery Finters, y dijo, sin preámbulos de ninguna clase:

—Han asesinado a tío Gregory.

Quedaron todos ellos inmóviles, petrificados. Como si fueran seres inanimados. Hasta que se oyó la voz de Magnolia:

—No quieras hacernos creer, Montgomery, que lo lamentas. Todos sabemos que también tío Gregory tenía hecho testamento a tu favor, y al de Jennie, claro. Así que...

—Por favor, Magnolia —le reprochó—, ¿no comprendes que es macabro tu sentido del humor? ¿Qué van a pensar Maggy y su novio...? Repórtate, te lo ruego...

Lo cierto es que el doctor Finters se mostraba sudoroso, convulso y alteradísimo.

—Bueno, siéntate a desayunar —dijo Magnolia, y desde luego, pocas cosas tan desagradables como su voz cascada.

—No me apetece nada.

—¿Y qué quería el inspector Stewart? ¿Comunicarte la noticia...? ¿Sólo eso...? —Y con hiriente mordacidad—. ¿O acaso sospecha de ti...? No me extrañaría... A ti, estas muertes te benefician mucho...

—¡Estás insufrible, esta mañana! —barbotó Montgomery Finters. Y con los nervios rotos—: ¡En realidad, siempre estás odiosamente insufrible! ¡Para soportarte hay que ser un santo!

—Entonces, tú no me soportas... Porque tú, de santo, nada... —Y haciendo aún más hiriente su mordacidad—. Los santos no salen de casa por las noches...

—¿Qué quieres decir?

—Lo que has oído. Pero, bueno, cambiemos de tema. O mejor, respóndeme a lo que te he preguntado. ¿Qué quería, exactamente, de ti el inspector Stewart?

El doctor Finters se calmó. Algo, no mucho. Pero sí lo suficiente para comprender que resultaba aconsejable sobreponerse.

—En primer lugar —repuso—, ha querido poner en mi conocimiento la muerte de tío Gregory. Después, me ha pedido un análisis clínico-psicológico de ese loco que se escapó de mi sanatorio... Pues también esta vez es él el asesino... No hay dudas... Varios vecinos le vieron salir de la casa...

—¿Y cuál ha sido tu análisis clínico-psicológico? —preguntó Jennie, con una sonrisita que parecía no venir a cuento.

—El que procedía —respondió, sin ampliar más.

—No es decir mucho —Jennie hizo ahora un gesto despectivo.
—No es decir nada —remachó Magnolia.
—Vosotras no entendéis de locos —acabó Montgomery Finters
—. Eso es cosa mía.

Ayudado por su desenvoltura, Harry Benmore había conseguido sacar a Maggy Evans de aquella casa.

—Vamos a dar una vuelta en coche —le había dicho—, con el permiso de usted, Jennie, y de usted, Magnolia... Te enseñaré Barttard. Es una localidad bonita que te gustará, ya lo verás.

Ahora iban juntos en el coche, respirando libremente.

Lo que ni uno ni el otro habían conseguido hacer, desde que aquellas paredes y sus habitantes les había envuelto como en una pesadilla.

Una pesadilla, de la que lo mejor era escapar cuanto antes. Nada, evidentemente, más razonable.

Pero Harry Benmore era periodista de profesión, y llevaba en las venas el gusanillo de la curiosidad, la inquietud, y el afán de inmiscuirse en los asuntos ajenos. Por lo menos, si éstos se mostraban poco claros.

Así que, en lugar de aconsejar a Maggy Evans que regresara a Londres lo antes posible, y en vez de hacer él otro tanto, optó decididamente por todo lo contrario.

Le pidió a la muchacha que le ayudara. Presentía que los crímenes de tío Donald y tío Gregory tenían algo que ver con la visita que el doctor Finters había hecho a Verónica, la noche antes. Visita que, posiblemente, hacía todas las noches.

—Debemos averiguar si mi presentimiento es cierto —le dijo.

—¿Nosotros...? —Se estremeció Maggy—. ¡A nosotros ni nos va ni nos viene! ¡Oh, no, ni hablar de eso!

—No estaría bien que nos quedáramos cruzados de brazos —repuso él—. Debemos hacer algo más.

—¿Y eso por qué? —quiso saber.

—Porque no hacer nada es la postura más cómoda, pero eso sólo es digno de personas ineptas, indecisas... Y ni tú ni yo somos eso. Así que tenemos la obligación de averiguar...

—¡Y dale con tu empeño de averiguar lo que no te importa! —protestó Maggy—. Para eso está la policía.

—Veo despistado al inspector Stewart.

—¿Sí?

—Quiero decir —se esforzaba por mostrarse persuasivo, convincente—, que a juzgar por el hecho de que ha telefoneado al doctor Finters y le haya pedido un informe clínicopsicológico del loco ése, a juzgar por eso, le considera, me refiero al doctor Finters, al margen de toda sospecha. Y yo sospecho todo lo contrario.

—Pero el asesino es el loco, eso está claro, ¿no es cierto?

—Sí, sí... Por varias circunstancias, definidas y concretas, este pormenor está claro. Sí, lo está.

—Pues ¿qué más quieres?

—Averiguar si la cuestión tiene doble fondo. ¿Comprendes?

—En absoluto. ¿Qué doble fondo va a tener?

—Aún no sé exactamente lo que pienso... Pero puede surgir una sorpresa gorda. ¿Te haces cargo ahora?

—No, no. Además, ¿en qué pretendes que yo te ayude? Yo no soy valiente, no lo he sido nunca.

Era verdad lo que decía, pero, a pesar de eso, Maggy Evans se estaba viendo capaz de seguir a Harry donde fuera, y de hacer todo lo que le pidiera.

El periodista comprendió que la muchacha se decantaba a su favor, influida por sus palabras o quizá simplemente por la simpatía que él le inspiraba. Porque a este respecto no tenía dudas. Maggy Evans le miraba con buenos ojos. En cuanto a lo que él sentía por la muchacha, ¡caray, aquella chica le estaba haciendo pensar en el disparate del matrimonio!

Pero, bueno, sentimentalismos aparte, debía seguir en la brecha. Y sin perder tiempo.

—Había pensado —le dijo— en ir de nuevo esta noche a aquella vieja casa de la plazoleta. Así que el doctor Finters salga, nosotros le seguimos... Con discreción, claro... A una distancia prudente, para que no repare en nosotros y no recele nada... Pues bien, una vez él haya entrado en la casa, yo subiré nuevamente por la cañería...

—¿Qué cañería? —le preguntó Maggy.

—La del agua —y le explicó lo que hizo la noche antes. Luego, añadió—: Una vez esté junto a la ventana, llegará tu turno...

—¿Mi turno...? —Y la muchacha, a pesar de su buena voluntad, y de los ánimos de Harry Benmore, que resultaban contagiosos, volvió a estremecerse.

—Sí —dijo Harry—. Pero tu trabajo será sencillo. Simplemente tendrás que llamar a la puerta y preguntar por quien sea, el primer nombre que se te ocurra... Una simple estratagema para que el doctor Finters y la muchacha ésa, Verónica, se dirijan hacia la puerta. Momento que yo aprovecharé para entreabrir la ventana, dejarme caer dentro, y esconderme en el mejor sitio que encuentre...

—¿Eso pretendes hacer? Ahora se había asustado de veras.

—Claro —sintió Harry—. Así me enteraré de lo que hablen. Seguro que averiguo muchas cosas...

—¿Y si te descubren? —Se inquietó Maggy.

—Me esconderé bien. No me verán.

—¿Y cómo saldrás de allí?

—Ya veré... Por la puerta, supongo... Así que me entere de lo principal, me largo... —Y puntualizó—. Ellos acabarán en el dormitorio... Entonces será mi oportunidad para salir...

—Lo ves todo muy fácil.

—Naturalmente —sonrió. Esta vez se inclinó hacia ella—. ¿Verdad que vas a ayudarme, preciosa?

Ella se estremeció una vez más. Pero, tras pensárselo un poco, no mucho, respondió:

—Sí, Harry.

CAPÍTULO VIII

La noche era muy oscura. Como si quisiera favorecer los planes de la joven pareja, que eran más descabellados de lo que pudieran parecer, de buenas a primeras.

Por lo menos, era ésta la impresión de Maggy Evans, por lo que cada vez se sentía más acobardada.

—¿No sería mejor volver? —Y su hilo de voz, quizá ni eso, se perdió, sin llegar a Harry.

—¿Cómo dices? —preguntó él.

—No, nada... —pensó que ya era tarde para volverse atrás.

Iban siguiendo al doctor Finters por las callejuelas. Éste había salido sigilosamente de la casa, aproximadamente a la misma hora que la noche antes. Apenas tardaría unos segundos en llegar a la plazoleta.

En efecto, poco después, Montgomery Finters ya estaba allí, junto a aquella puerta, donde llamó según el modo convenido.

La puerta se entreabrió. Muy poco.

Montgomery Finters se deslizó dentro.

La puerta volvió a cerrarse.

—Bueno, manos a la obra —dijo entonces Harry Benmore—. Fíjate en mi señal, Maggy. Así que te la haga, llamas y...

—De acuerdo, Harry. Pero ten cuidado al subir y al dejarte caer... ¡Y por favor, que no te descubran!

—Tranquila. Todo saldrá bien.

Desde luego, todo salió perfectamente, a la medida exacta de sus deseos.

Cuanto Harry pensó hacer, lo llevó a la práctica sin que surgieran dificultades de ningún género.

Pero una vez escondido tras un recio cortinaje, sin duda el lugar más idóneo para pasar desapercibido, le quedaba por oír la más escalofriante de las conversaciones. Algo que había de significar

para él una horrible, desconcertante y pavorosa revelación.

—Vienes aún peor que ayer, Montgomery —dijo Verónica, pero ella sonreía—. ¿Cuándo vas aprender a tener serenidad?

Éstas habían sido sus primeras palabras. Por lo menos, las primeras que Harry pudo escuchar.

Un sudor frío, helado, recorría el rostro de palidez cadavérica de Montgomery Finters. Un temblor nervioso, convulso, azotaba todos sus miembros. Sí, llegaba aún en peores condiciones que la noche antes.

—Han matado a tío Gregory... —gimió, sintiendo que la lengua se le pegaba al paladar.

—Pero ¿no es eso lo que organizasteis...? —Verónica seguía sonriendo—. ¿De qué te quejas ahora...?

—Te lo expliqué... —gimió de nuevo Montgomery Finters—. Pareces empeñada en no comprenderlo. Cuando le facilité la huida del sanatorio, creía que estaba cuerdo... y creí que pactar con él podía ser la solución a todos mis problemas.

—Y lo ha sido —dijo Verónica—. Ahora, todos los millones irán a parar tus manos. Y de las tuyas —se amplió su sonrisa— a las mías, porque tú serás muy rumboso conmigo, ¿verdad, cielo? —Se le acercó tiernamente.

Pero en esta ocasión, Montgomery Finters dio un paso atrás, como si por primera vez le repeliera el contacto de ella.

—¡Tú tienes la culpa de todo, Verónica! —le reprochó—. ¡Querías dinero! ¡Mucho dinero! De lo contrario, ibas a abandonarme... ¡Y tú sabías que sin ti no puedo vivir!

—Pues no lo parece —repuso ella—, a juzgar por cómo te apartas de mí.

—¿Es que no comprendes nada? ¿Cuántas veces tendré que explicártelo? No debí hacerlo... Ese hombre no está cuerdo, está endiabladamente loco... Loco de remate... Sólo un sujeto con las facultades mentales monstruosamente trastornadas, mataría como lo hace el... Y solamente un demente monstruosamente desquiciado, haría lo que hace él, meter la masa encefálica de su víctima en una caja, y enviarla a la policía.

—Los pormenores son lo de menos —dijo Verónica—. Lo importante es que te sirve bien, tal como quedasteis. Lo demás no cuenta.

—Quedamos que mataría... —La lengua se le pegaba cada vez más al paladar— que mataría a tío Donald, a tío Gregory y a Magnolia... A nadie más. Le dije que a Jennie debía dejarla tranquila.

Se detuvo un instante. Ahora ya no estaba pálido, lívido, sino rojo, congestionado. Su excitación no podía ser ya mayor.

—Y sin embargo —siguió diciendo—, luego de matar a tío Donald escribió en la tapa de la caja: «Mataré a tres personas más». ¿Cómo a tres más, me pregunto yo...? Sólo quedaban entonces dos... tío Gregory y Magnolia. Pensé que se habría equivocado —jadeaba más y más— y que luego caería en la cuenta de ello.

—Es muy posible —repuso Verónica.

—Pero ha matado a tío Gregory, y ha vuelto a escribir: «Mataré a dos personas más». ¿Cómo a dos más...? Sólo falta Magnolia. No, ya no puedo pensar que se trate de una equivocación. Lo cierto es que lleva la idea preconcebida de matar a alguien más...

—¿A alguien más? —inquirió Verónica.

—Sí, ya no cabe suponer otra cosa. Y debe tratarse de Jennie... ¡Y yo le dije que con ella no se metiera! Pero ¿cómo voy a decirle que se detenga, si no sé por dónde anda? ¡Ni la policía lo sabe!

—No te preocupes demasiado —dijo Verónica—. ¿Qué mata a Jennie? Bueno, bien mirado, nos quedaríamos más tranquilos tú y yo. ¿Para qué necesitamos tener que soportarla? Siempre en su sillón de ruedas, siempre amargada... ¡Vaya espectáculo! En realidad, si la quita de en medio, nos hará un favor. Y posiblemente, se lo hará a ella misma. Vivir de esa forma, no vale la pena. Además, además... si ella muere, todo el dinero, todo absolutamente, será tuyo. Ya no tendrás nada que repartir. Será maravilloso.

—¡Cállate, Verónica! —gimió, desesperado—. Es mi hermana pequeña... No, no quiero que la mate. ¿Me oyes? ¡No quiero!

—Ha de ser el loco ése quien te oiga, no yo —respondió fríamente.

—No debí hacerlo. ¡Cómo pude perder, de un modo, tan diabólico, el sentido de lo razonable, de lo sensato, del bien y del mal!

—Ya es tarde para lamentarlo, Montgomery. En consecuencia, yo, de ti, me lo tomaría sin tantos nervios. Por lo demás, sabes de

sobras que nadie puede sospechar de ti. Tú quedas al margen de esas muertes. Nada ni nadie puede comprometerte. Tu posición, pues, es privilegiada, y debieras alegrarte, en lugar de...

Montgomery Finters le interrumpió:

—Todo es aquí incomprensible, alucinante...

—¿A qué te refieres ahora?

—¿Cómo podía saber Jonathan Ratott que tú existías en mi vida, y que tu nombre es Verónica? ¿Cómo podía saber que existía tío Donald y tío Gregory, y que yo ambicionaba el dinero de ellos? ¿Cómo podía saber que estaba casado, y que mi esposa se llama Magnolia? ¿Y finalmente, cómo podía saber que el nombre de mi hermana es Jennie? Resulta alucinante, sí... Porque Jonathan Ratott jamás había recibido una sola visita... No, nadie fue a verle al sanatorio... He indagado al respecto, y Nora, mi enfermera, también... No, nadie le visitó nunca...

—Estás enredando aún más la situación... Créeme, deja que las circunstancias se solucionen por sí mismas. Sobre la marcha, decidirás lo que sea.

—Pero quiero decidir antes de que sea tarde para Jennie.

—Muchos miramientos tienes con ella, para los pocos que te han merecido tío Donald, tío Gregory y Magnolia.

—Necesitaba el dinero de mis tíos —volvía a gemir—, y me sobra Magnolia, porque quiero casarme contigo... ¡Pero de Jennie no necesito nada, ni su presencia me estorba...!

Además, es mi hermana...

—En parte, te comprendo, Montgomery. Pero yo no puedo hacer nada.

—¡Si pudiera volver al principio! —Sus gemidos se hacían casi sollozos—. No, por nada del mundo volvería a hacerlo.

—¿Aunque eso significara perderme a mí? —preguntó Verónica.

—Sí, sí... —aseguró.

—No te creo —sonrió ella—. Sé lo mucho que me deseas... Yo soy toda tu vida...

Se acercó a él, quien esta vez no retrocedió. Y al instante, los brazos femeninos, como dos culebras venenosas, pero dulces y tibias, se enroscaron a su cuello.

—Verónica —murmuró él—, eres demasiado hermosa. En mala hora te conocí. Vas a ser mi perdición.

—No quiero ser tu perdición, sino tu paraíso —sonrió ella. Y poco a poco, le fue llevando hacia el dormitorio.

A Maggy Evans, los minutos se le estaban haciendo inacabables, eternos, como si no tuvieran fin.

Esperaba que Harry Benmore saliera de la casa, pero la puerta seguía cerrada, y ella, entre las sombras de la noche, sombras intensas, inquietantes, se sentía cada vez más asustada, más arrepentida de haberse dejado convencer por su joven amigo.

Se sobresaltó. Le pareció oír el ruido de unas pisadas que se acercaban, sin que ella pudiera localizar todavía de dónde llegaban.

Se inquietó aún más.

De todos modos, que una persona anduviera por la calle, aunque fuera a aquellas horas un tanto intempestivas, no era ciertamente nada insólito. No había verdaderos motivos, pues, para inquietarse.

Bueno, esto es lo que parecía.

La realidad era distinta, y se ajustaba de pleno a la primera impresión experimentada.

Quién avanzaba era un hombre con el cráneo pelado y lleno de profundas cicatrices.

Un hombre al que Maggy Evans reconoció en el acto, dando un violento respingo.

Iba por aquella misma acerca, abrazando y besando a una mujer...

La cual, complacida, se dejaba besar y abrazar.

Se detuvieron un instante.

Maggy Evans se había incrustado en el oscuro hueco de un pequeño portal. Debía evitar que la descubrieran.

Desde el hueco del portal, oyó lo que hablaban.

—¿Estás segura de que esa mujer nos vio juntos?

—Sí, creo que sí —dijo ella.

—Pero a ti no te conoce.

—Supongo que no. Tampoco debe saber quién eres tú... De todas maneras, esa mujer es un peligro para los dos.

—Será mejor que acabe con ella.

—Sí. Arriesgamos demasiado, dejándola suelta.

—Se llama Verónica, y vive en esa vieja casa, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ya solucionaré el asunto. Ya no me viene de un «trabajo»

más. Llegaré hasta el final a costa de lo que sea.

Siguieron adelante por la acera. De nuevo volvían a besarse... Pasaron junto a Maggy Evans, sin reparar en su presencia.

La muchacha estaba que ni respiraba, y se sentía casi a punto de desvanecerse.

Así la encontró Harry Benmore cuando salió de la casa.

—¡Si supieras el descubrimiento que he hecho! —exclamó el joven.

—¡Y si supieras el que he hecho yo! —Fue la respuesta de ella.

—¿Qué te sucede, Maggy? —Se asustó él—. ¡Si estás a punto de desmayarte!

—Ya se me pasa —dijo la muchacha.

Y se recuperó relativamente pronto. Y acto seguido le refirió lo que le había sucedido, repitiéndole palabra por palabra la conversación que había oído.

—¿Y quién era ella...? —preguntó Harry, ansiosamente.

—No he podido verle la cara. Pero su voz... No sé... —Sacudió la cabeza, como intentando aclarar su mente—, me parece que la he oído antes...

—Haz un esfuerzo, recuerda. Es de vital importancia.

—No sé... No sé... —repitió una y otra vez—. No consigo centrar mis ideas. Pero estoy segura de que no es la primera vez que la he oído... Bueno, y tú, Harry, ¿qué descubrimiento has hecho?

—¡Sensacional! —exclamó—. ¡Digno de la primera página de un periódico! Algo que podría ser una exclusiva de verdadera categoría... Pero lo razonable es ir a explicarlo todo a la policía, y hacia allí vamos a ir ahora mismo...

—Lo que tú digas, Harry. Yo también les contaré lo mío.

Poco después llegaban a la comisaría, donde sólo encontraron a los agentes que hacían el turno de noche.

—¿El inspector Steward?

—Hasta mañana no vendrá por aquí...

—¡Pues tiene que venir inmediatamente! ¡Así que llámele a su casa o adonde sea! —Harry Benmore no se andaba con miramientos—. ¡Dígale que es urgente! Dígale que se trata del loco evadido del sanatorio psiquiátrico de Santa Margot.

—Bien, bien —asintió el agente—. Le telefonearé ahora mismo a su domicilio.

CAPÍTULO IX

Verónica había cerrado la puerta del dormitorio. Ella y Montgomery Finters habían quedado a solas.

Esperaba que el deseo venciera una vez más a aquel hombre que a su lado no era más que un vulgar mequetrefe. Ella siempre hacía de su voluntad lo que se le antojaba.

Pero en esta ocasión no fue así.

De momento todo dio la sensación de ser igual que otras noches, pero luego, de pronto, Montgomery Finters barbotó:

—¡No puedo seguir aquí, Verónica, hazte cargo! ¡Tengo que estar en mi casa al lado de Jennie...! Si ese hombre pretendiera acabar con ella, debo hallarme allí para recordarle que a Jennie debe dejarla tranquila...

—¡Me estás hartando con tanto Jennie por aquí, Jennie por allá! —Se enfadó Verónica—. ¡Somos nosotros quienes importamos!

—Sí, claro que sí... —asintió—. Pero para pensar en nosotros ya tenemos tiempo, ahora es preciso...

—Bueno —de pronto hizo un gesto de fastidio—, vete ya si tan preocupado estás por tu hermana. Pero para esto podías no haber venido.

—No te enfades, Verónica. Sé comprensiva por lo menos una vez en la vida.

—De acuerdo... De acuerdo... —Su fastidio crecía—. Vete ya de una vez.

Montgomery Finters tardó poco en salir de la casa. Apenas unos minutos. Pero había de volver casi inmediatamente. La prueba es que al poco de irse sonaron tres golpes, un golpe y luego tres más.

Ya estaba de nuevo allí.

Por lo menos esto es lo que dedujo Verónica. La llamada no daba lugar a dudas. Era su amante, que regresaba arrepentido de haberla dejado.

Verónica se dirigió a la puerta, y la abrió sin tomar precauciones
cié ninguna índole.

¿Para qué tomarlas, si estaba segura de que era Montgomery?

Pero se equivocó. No era él.

Gritó al ver a aquel hombre, cuyo sólo aspecto era ya inquietante, estremecedor, verdaderamente demencial.

El hombre entró en la casa y cerró a sus espaldas. Quedó apoyado en la madera, mientras se echaba a reír.

—¿Te acuerdas de mí...? —preguntó Jonathan Ratott.

—No, no... —negó ella.

Y era sincera. Enteramente sincera. No recordaba haber visto nunca a aquel hombre.

—Ayer te asomaste a la ventana cuando yo pasaba, iba con una muchacha. Nos miraste.

—No recuerdo —desorbitaba los ojos—. Miraría sin ver...

—No te creo —se rió de nuevo Jonathan Ratott—, y por eso vengo a matarte.

—¿A matarme...? —Y empezaron a darle espasmos—. No, no... Por favor, no...

—Pero eres muy guapa... Me da pena matarte como a los demás... Sería como destrozar una bella obra de arte. Tendré que buscar otro método.

—¿Te parezco guapa? —Por un momento cesaron sus espasmos, mientras sus labios, que tenían un rictus de horror, de espasmo, intentaban a la desesperada imitar una sonrisa—. Pues cuando un hombre encuentra guapa a una mujer, lo normal no es matarla... Lo normal es algo distinto...

—Estoy enamorado de otra mujer —aclaró—. Con estas artimañas no vas a conseguir nada de mí.

Dio un paso hacia ella. Un paso, qué duda cabe, verdaderamente amenazador. Y Verónica se puso a gritar.

Pero sus gritos no pasaron de ser un inicio, pues Jonathan Ratott adelantó otro paso, éste rapidísimo, y le tapó la boca con una de sus grandes e impresionantes manazas.

Ya así, sujeta, inmovilizada, forzosamente muda, volvió a oír la risa del loco, y ahora también notó su aliento, que le llegaba al rostro como si pretendiera abrasárselo.

—Ya sé cómo vas a morir —dijo Jonathan Ratott, al poco—.

Perderé demasiado tiempo, pero no quiero partirme la cabeza.

Soltó la mano, pues sintió el malsano deseo de que ella pudiera ahora decir algo.

—No quiero morir —y sus palabras semejaron cadenas que se arrastraran trabajosamente por el suelo.

Volvió a tarparle la boca, antes de que gritara de nuevo, cuya pretensión adivinó. Pero luego le colocó un pañuelo muy fuerte.

Y entonces, ya disponiendo libremente de sus dos manos, la maniató con los cordones que arrancó a uno de aquellos recios cortinajes, tras los cuales no hacía tanto rato estuvo escondido Harry Benmore. Primero le sujetó las manos a la espalda. Luego las piernas, por los tobillos.

Verónica se había rebelado como una verdadera gata. ¿No tenía, acaso, ojos y mirada de gata alevosa y traicionera?

Pero de poco le sirvió debatirse contra aquel hombre, que sacaba ímpetu y fuerzas endemoniadas. De tan poco, que en realidad todo hubiera sucedido lo mismo de resignarse mansamente con su suerte.

¿Qué sucedió después?

Para Jonathan Ratott resultó sencillo, casi divertido...

Fue a la cocina y buscó un cuchillo, que no tardó en encontrar. Lo cogió.

No era grande ni pequeño. Pero para el caso lo mismo iba a servirle de un tamaño como de otro.

Llegó junto a Verónica, la cual permanecía en el suelo, en una postura algo grotesca. Abría los ojos con tanto horror, que los sacaba de sus cuencas. Los espasmos proseguían, cada vez más fuertes.

«¿Qué vas a hacer conmigo?», parecía preguntar en el espanto pavoroso que experimentaba.

«Ahora vas a verlo», parecía asimismo responder la risa satánica y aterradora de Jonathan Ratott.

Alzó el cuchillo, acercando su filo al cuello de Verónica. Quien, desesperadamente, retrocedió la cabeza lo que pudo. Desde luego no fue mucho.

De pronto, Jonathan Ratott infirió un corte en la parte lateral del cuello. Ni muy ancho ni muy hondo.

Verónica casi no sintió dolor. Era poco más que un rasguño. No

tenía importancia.

¿O acaso la tenía y aquello iba a ser suficiente, dado que se hallaba amordazada, y atada de pies y manos, para acabar con ella...?

Se lo preguntó, así que vio que de su cuello se deslizaba un hilo de sangre, seguido, seguido...

Un hilo que tiñó de rojo, de un rojo violentísimo, su blanco salto de cama. Primero empapó un trozo, el cual se fue ensanchando poco a poco, hasta chorrear y deslizarse más hacia abajo.

La mancha se escurría cada vez más aprisa y terminó llegando hasta el mismo borde de la bata y luego, gota a gota, hasta el suelo, donde empezó siendo un pequeño, un minúsculo charco, que a su vez fue creciendo, creciendo, hasta hacerse mayor.

Ya para entonces, Verónica sentía una gran debilidad dentro de su cuerpo, unos deseos casi incontenibles de entornar los párpados y de dormir.

Pero dormir era resignarse a morir y se rebeló, se agitó una vez más. Sin embargo, con aquellos gestos violentos sólo consiguió que la sangre fluyera de su cuello con más rapidez.

Intentó varias veces ponerse en pie, pero no lo consiguió. Cada vez que estaba a punto de lograrlo, Jonathan Ratott le daba una patada y la derrumbaba de nuevo.

Caía sobre el charco de su propia sangre, un charco que cada vez cubría un área mayor de suelo.

Llegó un momento en que su flojedad era tanta, en que su laxitud era tan poderosa, que ni siquiera acertaba ya a moverse.

Era la vida que huía inexorablemente de su ser.

Por aquel lento hilo de sangre, al parecer inofensivo, se escapaba su juventud, su salud, sus ambiciones, todo, absolutamente todo.

Lo comprendió. Pronto sentiría los estertores de la muerte.

Los párpados le pesaban como si en cada uno de ellos tuviera colocado un kilo de plomo.

Miró a Jonathan Ratott. Le vio sonreír.

«Nadie viene a salvarme —pensó—. Esto es el final...». Ya no pudo pensar más.

Acabó derrumbándose en el suelo, boca abajo.

Quedó con los ojos muy abiertos, como negándose hasta el último instante a dormir.

Dormir, no, no... Dormir era resignarse a morir. ¡Y ella no podía resignarse a eso! Pero a pesar suyo acabó durmiendo el sueño eterno. Por los siglos de los siglos.

Cuando el doctor Finters se alejó de su amante, tenía la intención, tal como dijo a ésta, de ir a su casa. Necesitaba estar junto a Jennie, para defenderla si se presentaba el caso.

Pero así que se halló en la calle, vio cómo una joven pareja, un hombre y una mujer, se alejaban de allí. Eran Maggy Evans y su novio.

Reflexionó sobre el hecho en sí, y se dijo que tal vez le estuvieran espiando. Así que decidió seguir sus pasos. Necesitaba saber a qué atenerse.

Quedó de una pieza al ver que se dirigían a la comisaría de policía. Donde entraron con evidentes muestras de saber a lo que iban.

Se vio acometido, fustigado, por mil temores. ¿A qué iban allí...? ¿Qué sabían...? ¿Qué habían averiguado...?

Pero se calmó pronto, convencido de que la joven pareja, en definitiva, no podía saber nada importante, nada que de un modo vital le atañera a él.

Sólo Verónica estaba al corriente de todo, y ella guardaba bien el secreto, por la cuenta que le tenía.

Así, pues, ni Maggy Evans ni su novio podían saber nada que le perjudicara abierta y gravemente a él.

Pero, entonces, ¿qué motivo debía inducirles a ir, a aquellas horas, a la comisaría...? Además, ¿con qué fin habrían abandonado la casa...? ¿A quién vigilaban...?

De todos modos, lo mejor que él podía hacer era ignorar el hecho que acababa de presenciar, y regresar a su casa.

Sabía que, como mal mayor, sólo podían achacarle de abandonar el hogar y de ir en busca de una mujer joven y hermosa. Una falta muy vulgar, muy corriente.

Tal como lo decidió, lo hizo. No quería darle más vueltas al asunto. Se dirigió de nuevo hacia su casa.

CAPÍTULO X

Pero antes...

Así que Magnolia se hubo retirado a descansar, se dio cuenta de que no tenía sueño. Por lo que optó por abandonar su habitación y bajar a la planta baja.

Sin duda Jennie estaría despierta. Solía estarlo hasta muy tarde. Apenas dormía tres o cuatro horas.

Pero cuando la esposa del doctor Finters fue a salir de su aposento, y ya tenía la mano en el pomo de la puerta, se detuvo de pronto.

Acababa de captar un ruido muy significativo. Una puerta que se abría y cerraba con sigilo.

Una noche más que Montgomery Finters abandonaba la casa y se iba en busca de otra mujer.

Esperó a que sus pisadas cruzaran el pasillo. Quiso evitarse el bochorno de sorprenderle. Un bochorno que hubiera sido mayor para ella que para él mismo.

Ya iba a abrir la puerta, convencida de que todo estaba en calma, cuando se detuvo de nuevo.

Otra puerta que se abría y cerraba. ¿Qué pasaba esa noche...? Ahora ya no entendía nada.

En esta ocasión entreabrió la puerta un par de centímetros y echó una ojeada.

Eran Maggy Evans y Harry Benmore.

Tampoco quiso sorprenderles. ¿Para qué? Mejor que fuera Jennie, al día siguiente, quien les amonestara por su comportamiento. Como invitados, debían mantener ciertas reglas de comportamiento y educación, que por lo visto se pasaban lindamente por lo alto.

—No les tomes en serio —dijo Jennie, a quien desde luego encontró despierta—. Son jóvenes, están enamorados, y les habrá

apetecido dar un paseo bajo la luz de la luna. Eso es todo.

—Pero la ética...

—¡Oh, la ética está pasada de moda! —Y antes de que Magnolia protestara—. Y en eso te incluyo a ti...

—¿Qué dices? —No la había entendido.

—Me refiero —estaba en su dormitorio, pero no se había acostado, y seguía en su sillón de ruedas— a que darles habitaciones con una puerta de comunicación tampoco ha sido una delicadeza por tu parte. Ha sido como decir a Maggy: «Eres una artista y las artistas ya sabemos cómo sois... Ese novio tuyo, me parece que de novio sólo tiene el nombre... Si es lo que me imagino, te facilito el trabajo...»

—No me ha caído bien tu amiga —reconoció Magnolia.

—Ya lo he visto. Y también sé por qué... —Y sin esperar que Magnolia intercalara objeción alguna—. Porque supones que el verla a ella, tan llena de salud, tan feliz, hace que yo me sienta más enferma y desgraciada.

—Pues bien, sí —reconoció nuevamente Magnolia—, no te interesan esa clase de visitas. Resultan contraproducentes para tu salud.

—¿Por qué me cuidas tanto, Magnolia? ¿Por qué te preocupas tanto de mí...? —De súbito, clavó en ella su mirada, con afilada y cortante intensidad—. A veces creo que te excedes en tu cariño... Pero sé por qué lo haces —y gritó—: ¡Tienes remordimientos!

—¿Yo...? ¿Yo...? —Magnolia había palidecido.

—¡Sí, tú! —exclamó—. Siempre he hecho ver que no lo sabía, pero lo sé, lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Cuando el hombre que yo amaba aceptó el dinero que Montgomery le enviaba y prometió alejarse de mi vida, tú fuiste a verle... A su cabaña, en medio del bosque... ¡Y te insinuaste indecentemente a él! ¡Aquel hombre te gustaba y quisiste pasar un rato con él!

Ya que iba a irse para siempre, ya que nadie iba a enterarse...

Ahora Magnolia estaba lívida.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó.

—Fue después del accidente... Desde entonces te odio. Magnolia. He disimulado, sí, pero el odio ha estado siempre latente

en mí... ¡Eres una desvergonzada! ¡Una puerca! ¡Y te las das de dama respetable!

—¡Me gustaba aquel hombre, sí! —exclamó a su vez Magnolia—. Y me sentí atraída hacia él... ¿Por qué no ir a su cabaña y satisfacer mis deseos...?

—¡Pues te rechazó! —se burló Jennie—. ¡No fue mío, pero tampoco tuyo!

—Cada vez que recuerdo aquello, me muero de vergüenza... Jugué muy sucio a tus espadas... —Y agregó—. ¿Por qué has esperado tanto, tanto, en echármelo en cara, Jennie? Hubiera sido más noble decírmelo antes.

—¿Hablas tú de nobleza...? —Hizo un gesto despectivo—. Ha sido mejor así, Magnolia. Y ahora, buenas noches. Tengo sueño.

Magnolia salió de allí visiblemente quebrantada. Comprendía que sería inútil cuanto hiciera o intentara hacer por reparar aquel paso en falso. Jennie no había de perdonarle nunca.

Dejó la puerta abierta.

Jennie no se molestó en cerrarla.

Magnolia subió lentamente la escalera y desapareció a lo largo del pasillo, camino de su dormitorio. Fue apagando las luces.

Jennie había quedado quieta, inmóvil. Pero se hallaba expectante, y agudizaba el oído.

En eso, se oyeron unos leves y discretísimos golpes en la puerta de entrada, que Jennie percibió en el acto.

Entonces hizo girar las ruedas de su sillón y se dirigió hacia allí, hacia donde se había dejado oír aquella llamada.

Abrió sin vacilaciones.

En el dintel apareció Jonathan Ratott. Con sus ojos de siempre, brillantes como ascuas llameantes, con esa expresión demencial que ponía los pelos de punta.

—Hola, Jonathan —dijo la muchacha.

—Hola, Jennie —respondió él.

Penetró en la casa. Cerró nuevamente la puerta.

—Magnolia está arriba en su habitación —repuso Jennie—. No hay nadie más en la casa. Vas a tenerlo sencillo.

—Sí, Jennie... —murmuró Jonathan.

Esta vez se inclinó sobre el sillón de ruedas, acercando su rostro al de la inválida.

La besó.

Luego, como un autómata, se dirigió escaleras arriba. Sus pasos eran lentos, pero firmes, seguros; no vacilaban en absoluto.

Magnolia empezó a desnudarse. Sólo tenía encendida la luz de la mesilla de noche.

No había cerrado la puerta de su dormitorio. Nunca la cerraba.

Estaba en combinación, cuando le dio la sensación de que alguien se había colado en la estancia, sin hacer ruido, sin dejar sentir sus pisadas, como un fantasma.

Se giró hacia la puerta. Y ahogó un grito de espanto al ver allí, alto, fuerte, con el cráneo lleno de horrendas cicatrices, con los ojos relucientes como brasas candentes, a Jonathan Ratott. Aunque ella no sabía aún que fuera éste su nombre.

En la mano derecha llevaba un hacha. Su filo cortante relucía siniestramente en la penumbra.

—¿Tú...? —acertó a articular.

—Sí, el leñador. El novio de Jennie.

—¿Tú...? —Su asombro era inmenso, pavoroso, y se desbordaba incontinentemente dentro de ella.

—Sí —volvió a asentir Jonathan Ratott—. El hombre al que un día fuiste a buscar a su cabaña... Hoy soy yo quien vengo a buscarte a ti... Pero no para hacerte el amor, sino para algo distinto...

Magnolia estaba horrorizada, y sentía los labios secos, agrietados, partidos, y la garganta sin saliva, como si fuera cartón, y los dientes petrificados, dando unos contra otros en un chirriar grotesco.

—Eres el «loco» que huyó de Santa Margot, ¿verdad? —Pero tenía ya sobrados indicios para saber que la respuesta iba a ser espeluznantemente afirmativa.

—Sí —dijo él—. ¿Y sabes quién me facilitó la huida...? Pues tu propio marido... Para morirse de risa, ¿no te parece? —Y agregó—: Que nunca llegarais a saber mi verdadero nombre, me ha favorecido... Como me ha favorecido que tu marido tampoco llegara nunca a conocerme... Cuando Jennie se enamoró de mí, y os enterasteis de cuál era mi oficio, me convertí para vosotros en «el leñador»... Y de ahí no pasasteis... Por lo visto, era tanto vuestro desprecio hacía mi baja condición social, que nada de mi persona os interesaba... Que me llamara Robert o Peter o como fuera, era lo de

menos... Como era lo de menos que pudiera ser bueno o malo...

Se detuvo un instante.

—Incluso tú, Magnolia, que me viste en compañía de Jennie en más de una ocasión, lo desconocías todo de mí... Lo que no te impidió, aquel día, ir a buscarme a mi cabaña... Pero ya viste, te rechacé... ¡Yo sólo he querido y quiero a Jennie!

—Me parece bien... Me parece bien... —musitó Magnolia—. Pero ¿por qué estás ahora aquí? ¿A qué has venido...? ¿Qué haces con esa hacha en la mano?

—Es fácil imaginar a qué vengo, a matarte, Magnolia. Te partiré el cráneo en dos, como hice con tío Donald y tío Gregory. Luego, enviaré tu cerebro a la policía. He dicho que lo haría y me gusta cumplir mis promesas.

Un grito aterrador, horripilante, hubiera salido de la garganta de Magnolia a no ser porque la sintió agarrotada, paralizada, carente de vida.

El grito explotó dentro de ella, sacudiéndola.

Jonathan Ratott avanzaba ya amenazadoramente. Ella retrocedió torpemente, hasta dar con el borde de la cama, donde cayó hacia atrás.

El hacha se alzó en el aire, en un movimiento rapidísimo, veloz, como un relámpago cuyo resplandor cegara.

El impulso brutal descendió, y el hacha consigió...

Pero la cabeza de Magnolia, diana del cortante filo, se inclinó hacia un lado en última instancia.

El hacha ya no pudo variar de rumbo. Cayó, contundente, y fue el brazo derecho de Magnolia quien recibió el golpe.

El brazo quedó amputado de cuajo, entre chorros desbordantes de sangre.

De nuevo se alzó violentamente el hacha asesina, y, en esos tétricos y macabros instantes, Magnolia sí gritó.

Pero hubiera sido difícil saber si gritaba de horrendo e insoportable dolor físico, o si era tan sólo de pavoroso e incontenible espanto. Tal vez de ambas cosas a la vez.

Volvió a descargarse el impulso salvaje y arrollador del hacha homicida, pero de nuevo Magnolia, en última instancia, guiada por un desesperado instinto de conservación, ladeó la cabeza. En esta ocasión hacia el otro lado.

Y tampoco ahora el hacha pudo variar el rumbo ya trazado. El golpe cayó sobre el otro brazo.

Nueva, absoluta y tajante amputación del otro miembro, que se produjo otra vez entre espantosos chorros de sangre.

—¡Parece como si no pudiera acabar contigo! —barbotó indignado Jonathan Ratott.

El cuerpo de Magnolia carecía de brazos, era ya sólo un tronco. Daba escalofríos y horror mirar aquella carnicería.

Pero el asesino permanecía insensible, inalterable. Lo único que parecía molestarle, enojarle, era tardar tanto en acabar con aquella vida.

Sin embargo, Magnolia se desvaneció... haciéndole ya fácil el trabajo. Tan fácil que ya fue cosa de segundos.

Inmóvil la cabeza, el hacha pudo efectuar sin dificultades el golpe preciso, matemático, a que el criminal se tenía acostumbrado a sí mismo.

Pero ahora no salió a relucir la caja de cartón.

Se oyó un ruido en la puerta de la casa y Jonathan Ratott comprendió que alguien regresaba, y que dilatarse en aquellos pormenores podía serle fatal.

No debía cometer imprudencias.

CAPÍTULO XI

El que regresaba era Montgomery Finters.

Quien, apenas penetró en la casa, captó que allí había sucedido algo extraño, anormal.

Sensación que le llevó corriendo hacia el dormitorio de su hermana.

—¡Jennie! ¡Jennie! —llamó—. ¿Estás bien...? Respóndeme, por favor.

La sensación que había captado era intensa, pero a la vez imprecisa. Por ello que su primer impulso fuera dirigirse hacia allí.

—Adelante —respondió la voz de, su hermana. Una voz sin matices. Y cuando Montgomery estuvo ya dentro—. Sí, estoy bien. No me ha sucedido nada malo. ¿Qué me tenía que suceder...?

—No sé... —tartamudeó Montgomery Finters—. Por un momento he temido... —Y dándose cuenta de que seguía en su sillón de ruedas—. ¿Aún no te has acostado, Jennie?

—Ya ves que no —y sonriendo. Era la primera vez en mucho tiempo que su hermano la veía sonreír—. Te estaba esperando.

—¿Sabías que había salido?

—Claro.

—¿Y para qué me esperabas?

—Para hablarte. Para hacerte un par de preguntas...

—Sí, sí, lo que quieras, Jennie.

—Lo primero que debo decirte —la voz de la muchacha seguía sin matices— es que Magnolia está en su dormitorio, muerta...

—¿Muerta?

—La ha matado Jonathan Ratott. ¡Oh, te lo ruego, no te hagas el sorprendido! ¿No era eso lo acordado entre vosotros?

—¿Cómo...? —tartamudeó—. ¿Qué dices...? ¿De qué me estás hablando...? —Su desconcierto era tanto que le privaba de pensar, de razonar, de todo lo que pudiera significar asimilar aquella

situación.

—Para que nos entendamos, Montgomery —Jennie seguía sonriendo—, lo mejor será, ante todo, que te haga una pregunta. Dime, ¿tienes idea del porqué Jonathan Ratott mata siempre a sus víctimas con un hacha...?

Montgomery Finters hizo un gesto negativo con la cabeza. Se limitó a eso.

—Pues yo te lo diré... Antes de ser internado en Santa Margot, tenía el oficio de leñador...

—¿Leñador? —inquirió, con un súbito estremecimiento.

—Sí —ratificó Jennie—, y bien sabes tú que entre los utensilios más comunes de un leñador, está el hacha,... Eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, claro —y sentía el estremecimiento subiéndole y bajándole por la columna vertebral, como un reptil que arrastrara alevosamente su cuerpo frío y viscoso.

—Para que sigamos entendiéndonos, Montgomery —y ahora no se limitó a sonreír, sino que se echó a reír abiertamente—. Dime, ¿tienes idea de cómo se llamaba aquel novio que tuve...?

El estremecimiento dejó de subir y bajar, convirtiéndose en una terrible punzada.

—No, no lo sé.

—Tú, no, pero yo, sí —y su voz sin matices cobró de pronto alma y vida, pero alma y vida endemoniadas, para convertirse en un aterrador rugido—. ¡Jonathan Ratott era su nombre!

—¡No! ¡No! —Se llevó las manos a los cabellos, mesándoselos—. ¡No es posible!

—Sí, lo es —y cada vez riéndose más a gusto—. Lo cierto es, Montgomery, que has caído en la trampa que te hemos tendido... El y yo, de común acuerdo...

Montgomery Finters no estaba preparado para semejante revelación. Quedó destrozado por dentro. Posiblemente porque un sexto sentido debió decirle que se había cavado con todos los honores su propia fosa.

Se desplomó en uno de los silloncitos.

—Te lo voy a explicar todo. ¿Quieres, Montgomery?

La miró con ojos de alucinado. Como si ya no estuviera en este mundo. Por lo menos, como si supiera que pronto ya no lo estaría.

Jennie le refirió todo lo sucedido. Lo que hasta entonces nadie había sabido.

Jonathan Ratott no pensó ni por un momento en abandonar a Jennie, de quién se sentía profundamente enamorado. Pero aceptó el dinero que le ofrecía aquel intermediario. Pensó que Montgomery Finters no se merecía otra cosa que no fuera una traición por su parte.

Al dejar la cabaña e irse a buscar trabajo en otra localidad, entró en un almacén de alquitrán. El cual ardió por los cuatro costados. El no pudo salir y se vio rodeado por las devoradoras llamas. Consiguió ser rescatado de allí por los bomberos, pero su cabeza había ardido como una hoguera infernal. Acabó siendo cliente de varios manicomios, terminando en el de Santa Margot.

—Yo vivía desesperada —siguió diciendo Jennie—, clavada aquí, en este sillón de ruedas, imposibilitada de todo amor y toda esperanza, cuando un día vino Nora, la enfermera, a inyectarme. Como venía haciendo desde que sufrí el accidente. Me entregó una carta, rogándome que la leyera cuando estuviera a solas. Así lo hice. ¡E imagínate, Montgomery, mi desmesurada emoción al reconocer la letra de Jonathan Ratott! Me decía que se había enterado por Nora de lo que me había sucedido, pero que me quería más que nunca, y que lo tenía todo preparado para salir de donde estaba recluido... Me aseguraba que ya no estaba enfermo, que lo recordaba todo perfectamente y que sus deseos de venganza eran irrefrenables. Me explicó su plan...

—Ya lo adivino —murmuró Montgomery Finters—. Sobre todo, su desenlace.

—Mejor así —dijo Jennie—. Así la sorpresa no te matará.

—Así podrá matarme el hacha del leñador, ¿verdad? —Seguía hundido en el sillón, sin fuerzas para nada, ni para alzar la mirada.

—Jonathan sabía que aceptarías su proposición y que le dejarías huir... —siguió diciendo Jennie—. Era demasiada tentación la que te ofrecía, matar a tío Donald, a tío Gregory y a Magnolia... ¡Tantos millones en tus manos y además libre, libre como el aire! Pues bien, ya has conseguido lo que te proponías... Sólo que... —Jennie se rió de nuevo— ahora sobras tú... Porque muerto tú, Montgomery, todo el dinero me pertenecerá a mí.

—Y a mí —sentenció Jonathan Ratott, apareciendo de súbito en

la habitación—, porque vamos a vivir juntos el resto de la vida —y añadió—: Por eso en las cajas de cartón ponía que iba a perpetrar un crimen más de los acordados... El tuyo. El tuyo.

El doctor Finters quiso ponerse en pie. No pudo. Era demasiado el horror que experimentaba.

—Cuando todo me pertenezca ya legalmente —refirió Jennie—, amontonaré billetes y más billetes, hasta que tenga una maleta llena. Entonces me iré con Jonathan a un lugar lejano, donde nadie nos conozca, y allí haremos de nuestra vida el paraíso que tú no quisiste que fuera nuestro. ¡Pues lo será! Y mientras tanto, ¿qué habrá sido de ti...?

La respuesta estaba en el hacha que Jonathan Ratott sostenía en la mano. Con más fiereza que nunca.

—¿Y me hace usted llamar urgentemente para contarme esta absurda, increíble y disparatada historia? —inquirió, indignado, el inspector Stewart—. ¿Por quién me ha tomado usted...?

—Le aseguro —repuso seriamente Harry Benmore— que lo que acabo de contarle se ciñe rigurosamente a la verdad. Así que le aconsejo que proceda en consecuencia, y sin perder tiempo.

—Pero, bueno —hizo un gesto amplio y expresivo con sus manos—, ¿cómo quiere usted que yo considere aceptable su relato? El doctor Finters hace pacto con uno de sus locos, para que le elimine a los que le estorban... ¡Por favor, que todo esto es ridículo! —Quizá no tanto si considera...

—Si considero, ¿qué?

—Muriendo sus tíos, el dinero iba a parar a sus manos... Muriendo su esposa, él quedaba libre... El asunto le salía redondo. A pedir de boca.

—Pero aliarse con un demente, no tiene sentido... Cuesta admitirlo. Le falta consistencia a la tesis.

—Le supuso cuerdo.

—Ni aun así.

—Me escondí tras el cortinaje y oí perfectamente la conversación. Ya se lo he dicho, ¿no? Le aseguro que no perdí ni una sola de aquellas palabras. Por lo que sé que corre un inminente peligro la esposa del doctor Finters, y quizá también su hermana Jennie... Debe usted intervenir, inspector.

—Bien, usted gana —cedió finalmente—. A pesar de lo avanzado

de la hora, haremos una visita a esa casa. Interrogaremos a todos los que se hallen presentes, procuraremos aclarar el asunto. Pero si finalmente averiguo que todo ha sido una broma por su parte...

—Crea en él, inspector —intercaló Maggy Evans.

—... Le aseguro —prosiguió el policía— que le meto en la cárcel por quince días, a pan y agua.

—De acuerdo, inspector —dijo Harry Benmore—. ¡Vamos ya!

—Bien...

—Además —dijo Maggy Evans—, existe también otra persona con peligro de ser asesinada por ese mismo hombre; una tal Verónica que vive no muy lejos de la casa de los Finters.

Al llegar encontraron la puerta de la casa entreabierta y ya allí mismo señales evidentes de sangre.

—¡Demonios! —exclamó el inspector, y se precipitó dentro.

Tras él penetraron dos agentes. También Harry Benmore y la muchacha, muy pegada a él.

Encontraron a Jennie en el mismo vestíbulo, desvanecida en el suelo, a los pies de su sillón de ruedas. Consiguieron reanimarla —Harry Benmore pensó que «demasiado fácilmente»— y entonces ella murmuró:

—Han matado a Magnolia, y a mi hermano... Ha sido un hombre horrible, monstruoso... Con el cráneo pelado, lleno de cicatrices...

—¡El mismo Jonathan Ratott de siempre! —barbotó el inspector—. A este paso va a acabar con medio Barttard.

Dieron fácilmente con el cadáver del doctor Finters. Estaba en el dormitorio de Jennie, en la planta baja. En uno de los silloncitos. El hacha le había abierto el cráneo, pero no con la precisión matemática de otras veces. En esta ocasión, el golpe fue más fuerte, más fiero, más salvaje, y el tajo no se detuvo exactamente entre ceja y ceja, sino que descendió hasta la misma yugular. La cabeza entera, pues, quedó tétricamente partida en dos.

—Me he desmayado —dijo Jennie— y eso ha debido salvarme la vida. De lo contrario, estoy segura, ese hombre también me hubiera matado a mí.

«No, no te has desmayado —pensaba Harry Benmore, mirándola con fijeza—. Lo has fingido... A mí no me engañas...»

El cadáver de Magnolia estaba en su propio dormitorio, sobre el

lecho. Los brazos se hallaban lejos de su cuerpo. La sangre había inundado la colcha de la cama.

—Vayamos al domicilio de esa tal Verónica —no tardó en decir al inspector.

Pero tampoco allí llegaron a tiempo.

La joven y hermosa Verónica, llena de sueños y ambiciones, no pudo responder, claro que no, a ninguna de sus preguntas.

—Mientras no detengamos a ese demente, nada podrá ponerse en claro —dijo el inspector Stewart, tras su mesa de escritorio, en la comisaría—. Y cuando demos con él, quizá tampoco... Ese hombre está endiabladamente loco... Quizá sus crímenes no tengan más motivo ni razón que la sinrazón de su locura...

—Mire, inspector —le interrumpió Harry Benmore—, si usted me lo permite yo voy a darle mi parecer.

—Su parecer de «antes» —ironizó el inspector— era que todo lo sucedido lo había urdido el propio doctor Finters. Ahora resulta que éste ha sido una de las nuevas víctimas. El asunto se enmaraña solo. Supongo que opina lo mismo.

—Sí, sí... Pero partiendo de estos nuevos y significativos hechos, en principio un tanto desconcertantes, permítame que le exponga mis actuales puntos de vista.

—Bien, se lo permito. Expóngamelos.

—Primero; ese tal Jonathan Ratott puede que tenga el cerebro quemado, o vacío, o lo que sea, pero para mí que hasta cierto punto sabe muy bien lo que se hace. Así que yo, de usted, le buscaría, pero no como a un loco, sino como a un peligroso cuerdo. Segundo; yo daría muchas vueltas a la misma idea... Si todas esas muertes han beneficiado económicamente a Jennie Finters, ¿no tendrá ella algo que ver con lo sucedido? En cuyo caso, ¿qué relación puede haber entre ese demente y esa muchacha? Tercero; cuando llegamos a la casa, Jennie Finters nos dijo que su cuñada Magnolia estaba muerta. ¿Cómo podía saberlo tan a ciencia cierta, si ella no había podido subir la escalera? Cuarto y último; yo de usted, inspector, pensaría en la posibilidad de que Jennie Finters no estuviera inválida... En fin —resumió Harry Benmore—, le deseamos suerte, inspector.

CAPÍTULO XII

Habían transcurrido cuatro meses.

Y sin embargo, parecía que fue ayer cuando, tras despedirse de Jennie lo más brevemente posible, regresaron a Londres.

Un viaje que recordarían siempre.

Harry Benmore tuvo la valentía de confesar a la muchacha que era periodista y que su misión, respecto a ella, había sido la de conseguir artículos relacionados con su vida. Paltó poco para que Maggy Evans le arañase. ¡Aquello era una traición imperdonable! Pero lo cierto es que acabaron besándose.

Desde luego, Harry Benmore no publicó nada que aludiese a la muchacha. Ni Maggy Evans hizo aquella película. Decidió alejarse del cine para siempre.

Poco después se hicieron novios.

Y ahora, sólo cuatro meses después de aquellos hechos, eran ya marido y mujer.

Pero ya concluido el viaje de novios, de nuevo el gusanillo de la curiosidad aguijoneó al joven periodista cuando éste iba por la carretera.

—Barttard no está lejos... —dijo a Maggy—. ¿Quieres que vayamos a echar un vistazo, a ver qué ha pasado...?

La muchacha iba a responder que no, que no deseaba volver allí. Guardaba demasiado mal recuerdo de todo aquello. Pero comprendió que su marido deseaba ir.

—Lo que tú quieras... —sonrió.

Al llegar, todo lo vieron igual. Exactamente igual.

La casa de los Finters resultaba agradable, así como el aspecto de la calle, con aceras anchas y árboles frondosos.

Harry Benmore pulsó el timbre.

Les abrió una sirvienta.

Le preguntaron por Jennie Finters. ¿Estaba allí? ¿Sí? Pues

deseaban saludarla.

—Les pasaré su aviso —dijo la sirvienta, que tenía un aspecto pulcro y eficiente—, pero... pero creo que no han elegido buen momento.

—¿Sucede algo malo? —quiso saber Maggy Evans.

—No sé... —Se encogió de hombros la sirvienta—, pero desde hace un rato la señorita Finters no hace más que decirme que me vaya de una vez... Hoy es mi día libre, ¿sabe? Parece como empeñada en quedarse sola... Como si le estorbara con mi presencia... Y ahora vienen ustedes... En fin, esto no es cosa mía... Le diré que tiene visita...

Ellos quedaron en pie en el vestíbulo, mientras la sirvienta se adentraba en busca de Jennie en una de aquellas estancias que ellos ya conocían. Se trataba, concretamente, de la biblioteca.

—Que pasen... Que pasen... —Oyeron al poco la voz de Jennie. Quien, acto seguido, exclamaba—. ¡Pero tú vete ya de una vez!

—Sí, sí... —asintió la sirvienta—. Hasta la noche, señorita.

—Bien, bien —la apremió—. Vete ya.

Cuando Maggy Evans y Harry Benmore penetraron en la biblioteca, lo primero que vieron fue el sillón de ruedas y allí, clavada, postrada, a Jennie.

—¿Qué tal, Maggy? —El saludo tuvo cierta cordialidad—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también me alegro de verte a ti, Jennie. ¿Cómo te encuentras? Después de aquellos horribles sucesos...

No había de tardar ni cinco minutos en llegar la pregunta de Harry Benmore:

—¿Qué? ¿Detuvieron a Jonathan Ratott? He pensado repetidas veces en él.

—El inspector Steward —dijo Jennie— aún no ha conseguido detenerle. Ni creo que lo consiga. Ya no debe estar por aquí, pues no ha vuelto a hacer de las suyas.

Sonaron las campanadas en el reloj que había colocado sobre la repisa de la chimenea y Jennie se estremeció violentamente.

—Es tarde... —murmuró—. Son ya las cuatro... Es mejor que os vayáis...

—Podemos estar un poco más —dijo Maggy.

Y lo dijo sinceramente, pues más que nunca le estaba dando

pena su antigua amiga. ¡Qué pálida, qué lívida estaba! ¡Y qué ojeras más profundas, más azuladas, alrededor de los ojos!

—¡He dicho que es ya muy tarde! —gritó Jennie—. ¡He dicho que es mejor que os vayáis...!

—Perdona, Jennie. —El desconcierto de la muchacha fue muy grande—. No creía enojarte por eso...

En cuanto a lo que Harry Benmore pensaba en aquellos momentos...

Nunca estuvo más seguro de que Jennie tenía algo que esconder, mucho, muchísimo que ocultar.

—Suponíamos que nuestra visita había de agradarte —dijo, sin alterarse; y a sabiendas, para percatarse mejor de su reacción, siguió sin hacer el menor ademán de levantarse de su asiento—. Por eso hemos venido... Y por eso Maggy deseaba estar un poco más contigo. Yo opino como ella; ya que estamos aquí, podemos hacerte un poco más de compañía...

—¡Cómo habré de decíroslo! —se descompuso Jennie, y gritaba cada vez más fuerte—. ¡Quiero que os vayáis en seguida!

—Jennie... —murmuró Maggy, apenada.

—¡Marcharos! —gritó Jennie—. ¡Marcharos inmediatamente! ¡Quiero estar sola!

¡Completamente sola!

Tuvieron que irse de allí. Sin más demora. La orden era terminante.

—¿Te has dado cuenta, Maggy? —Ya estaban fuera de la casa y Harry Benmore, como siempre, no resistía la tentación de hacer deducciones por su cuenta y riesgo—. Algo desea hacer a solas... No quiere tener testigos... Y eso a hora fija, a juzgar por cómo le ha estremecido que el reloj marcara las cuatro... Por eso, sin duda, también le estorbaba la presencia de su sirvienta... —Y sin esperar a que su esposa respondiera: ¿Sabes lo que te digo, Maggy? Debemos ir a informar al inspector Stewart.

—¿Tú crees? —Ella no estaba muy convencida.

—¡Claro! Resulta evidente que sucede algo anormal. Y si tenemos en cuenta que...

Acabaron en la comisaría.

—¿Otra vez usted, señor Benmore?

—Sí, inspector. Con su permiso, vengo a tenderle un cable. Un

cable que, con un poco de suerte, puede llevarle hasta Jonathan Ratott.

—¡No me diga! —rezongó.

—Sí, inspector. O mucho me estoy equivocando.

—No sería la primera vez.

—De acuerdo, inspector. Pero ahora sucede algo extraño y usted será de mi mismo parecer, delo por seguro, si tiene a bien escucharme.

Terminó convenciéndole. Algo anormal sucedía, o iba a suceder en aquella casa.

No cabía permanecer con los brazos cruzados.

Urgía tomar determinaciones.

CAPÍTULO XIII

Jennie permanecía en la biblioteca, mirando el reloj de la chimenea cada dos por tres.

A su lado se hallaba Jonathan Ratott, que mostraba una alegría casi feroz en su semblante.

—¿Tienes el dinero ya preparado, Jennie?

—Sí —dijo ella—. Está dentro de la maleta.

—Todo ha salido perfecto.

—Sí, Jonathan.

—¿Por qué miras tanto el reloj? —preguntó reparando en sus constantes miradas.

—Espero a Nora.

—¿A Nora...? —se sorprendió.

—Ha de venir a inyectarme. Ahora viene siempre los jueves. A las cuatro y media, en punto.

—¡Ah, sí! —recordó—. Es cierto. Lo había olvidado.

—A ella le debemos esta felicidad de ahora —dijo Jennie, tras una pausa—. Fue ella la que me trajo tu primera carta. Fue ella quien, después, te llevó las mías.

—Lo hizo por el dinero que le dije que tú le darías, siempre y cuando mi carta llegara sin abrir a tu poder. Tú le diste el dinero convenido, pues en paz. Ya no le debemos nada.

—Pero Nora debe sospechar muchas cosas... ¿No crees, Jonathan?

—No sé, quizá sí... Pero si no ha dicho nada a la policía, ya no lo dirá. Además, tú y yo, dentro de poco, estaremos ya muy lejos...

No acabó la frase.

Había sonado el timbre de la puerta.

Era la enfermera, Nora, que llegaba a la hora exacta. Siempre, siempre era muy puntual. Esto nadie podía negárselo.

Pero en esta ocasión todo fue diferente...

Jennie le abrió la puerta, y luego ambas se dirigieron a la biblioteca. Entonces la dueña de la casa exclamó, en voz muy alta:

—¡Jonathan! ¡Puedes salir...! ¡No, no te escondas...!

Jonathan Ratott estaba dispuesto a permanecer escondido hasta que Nora se marchara, pero ante aquellas palabras optó por presentarse.

—Te he desconcertado, ¿eh, Jonathan? —La inválida crispaba el rostro—. A usted también, ¿eh, Nora? —Y sin más, aclaró—: He querido deciros, a los dos a la vez, en qué he gastado estos meses mucho dinero... No muy lejos de aquí se trabaja en una cantera; sin duda lo sabéis... Pues he conseguido que uno de los trabajadores, poco a poco, haya ido sustrayendo dinamita...

—¿Dinamita? —Nora pegó un respingo, por lo que la jeringuilla se fue de las manos, cayendo al suelo y haciéndose añicos.

—¿Dinamita? —inquirió a su vez Jonathan Ratott.

—Sí —musitó Jennie—, la ha ido sustrayendo para entregármela a mí. No, no quería hacerlo. Decía que se jugaba demasiado. Pero ante la cifra que le he ofrecido... Sí, ya tengo la cantidad precisa... ¿Sabéis para qué la necesito? Os lo diré. Para destruir de una sola vez toda la maldad que ha emponzoñado mi alma, al contagiarse de la vuestra...

—¿Qué está usted diciendo, señorita Finters? —La voz de Nora apenas era audible.

—¿Qué estás diciendo, Jennie? —La pregunta de Jonathan Ratott rebotó en las paredes.

—Estoy diciendo —su rostro se había crispado aún más— que por creer en ti, Jonathan, en tu gran amor por mí, me he convertido en un ser perverso, malvado, destruyendo cuanto interceptaba mi camino... ¡Y al final resulta que te has burlado de mí, Jonathan! ¡Los dos os habéis estado burlando de mí! Jamás me has amado, Jonathan —sollozó de pronto—, sólo que hasta ahora me has utilizado como trampolín a tu ambición.

—¡No sabes lo que estás diciendo! —exclamó Jonathan, defendiéndose lo mejor que supo de aquella acusación.

Pero defendiéndose mal, porque, dadas las circunstancias, resultaba imposible hacerlo bien.

—Sí, sé perfectamente lo que estoy diciendo —aseveró ella—. Sé que tu intención era coger la maleta e irte muy lejos con Nora...

Con Nora, sí, que es a quien verdaderamente amas. Con ella te has llevado todo este tinglado... A mí sólo me has usado para lograr tus fines... Claro, para conseguir esa maleta necesitabas de mí, de mi colaboración... Necesitabas eliminar a unos y a otros, pero ante todo que yo creyera y confiara ciegamente en ti... ¡Pues, no, Jonathan, te he descubierto! ¡Os he descubierto! Y por eso la casa está llena de dinamita...

—Supongo que bromeas, Jennie —pero Jonathan sabía que aquello iba completamente en serio.

Por su parte, Nora seguía con la jeringuilla rota a sus pies. Ella ni se veía capaz de hablar.

—No bromeo, Jonathan. Y sólo me resta decirte —miró de nuevo el reloj de la repisa de la chimenea— que esta vez sí quedará destruido tu cerebro para siempre... Sólo me resta deciros —ahora pluralizó— que éste es el final. Vuestro y mío. A las cuatro y media y cinco minutos, exactamente, esta casa explotará por sus cuatro costados. La mecha está ya encendida y todo debidamente cronometrado... Saltaremos hechos añicos, descuartizados...

—¡No! —gritó Nora, recuperada el habla.

Jonathan Ratott miró el reloj.

Faltaban sólo tres segundos para que se cumpliera la hora fatídica.

Era el inspector Stewart quién conducía.

—Por favor, vaya más aprisa, si puede —dijo Harry Benmore—. Presiento que vamos a llegar tarde.

Le dio con más fuerza al acelerador.

—Antes de un minuto estaremos allí. No creo que pase nada irreparable en tan corto espacio de tiempo.

—No sé, inspector. Presiento que va a suceder algo horrible, y que nos vamos a quedar sin saber el porqué de todo eso...

No acabó la frase.

Acababa de oírse una terrible y ensordecedora explosión.

—¡Ha sido la casa de Jennie! —exclamó Maggy, horrorizada.

Llegaron allí muy poco después.

La casa había quedado totalmente destruida. Y entre los restos del siniestro, surgían brazos, piernas y cabezas.

Una espantosa y estremecedora amalgama de restos humanos, casi irreconocibles.

Ante un trozo del cuerpo de la enfermera, Maggy Evans exclamó:

—¡Ahora caigo! ¡Era Nora, era su voz...! ¡Sí, era ella a quien Jonathan besaba...!

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

